

RAFAEL SPREGELBURD / MARIANO BLATT / GABRIELA  
MASSUH / YAMILA BÉGNÉ / CLÉMENT BONDU  
CLAUDIA MASIN / INÉS GARLAND / PABLO ALABARCES  
EMMANUEL TAUB / PABLO DONZELLI / DANIELA  
TARAZONA / BETINA GONZÁLEZ / LETICIA AUAT  
VALERIA TENTONI / ANDRÉS NAVARRO / MARIANA  
RUIZ JOHNSON / HERNÁN RONSINO

© Textos de los **Festivales Filba internacional, Filba Mar del Plata, Filba Santiago del Estero y Filbita**

Rafael Spregelburd  
Mariano Blatt  
Gabriela Massuh  
Yamila Bêgné  
Clément Bondu  
Claudia Masin  
Inés Garland  
Pablo Alabarces  
Emmanuel Taub  
Pablo Donzelli  
Daniela Tarazona  
Betina González  
Leticia Auat  
Valeria Tentoni  
Andrés Navarro  
Mariana Ruiz Johnson  
Hernán Ronsino

Selección de textos:  
Victoria Rodríguez Lacrouts

© Filba 2023

**Fundación Filba**

Honduras 5574, Palermo, CABA  
Buenos Aires, Argentina

[www.filba.org.ar](http://www.filba.org.ar) – [info@filba.org.ar](mailto:info@filba.org.ar)

**Presidente:** Pablo Braun

**Director General:** Hernán Rosso

**Directora:** Amalia Sanz

**Contenidos Festivales Filba:** Catalina Labarca y Victoria Rodríguez Lacrouts

**Contenidos Filbita y Filba Santiago del Estero:** Larisa Chausovsky y María Luján Picabea

**Filba Escuelas y Laboratorio Filba:** Anne-Sophie Vignolles

**Relaciones institucionales:** Daniela Ini

**Comunicación y diseño:** Maira Purman

**Eterna Social Club y redes:** Lala Toutonian

RAFAEL SPREGELBURD / MARIANO BLATT / GABRIELA  
MASSUH / YAMILA BÊGNÉ / CLÉMENT BONDU  
CLAUDIA MASIN / INÉS GARLAND / PABLO ALABARCES  
EMMANUEL TAUB / PABLO DONZELLI / DANIELA  
TARAZONA / BETINA GONZÁLEZ / LETICIA AUAT  
VALERIA TENTONI / ANDRÉS NAVARRO / MARIANA  
RUIZ JOHNSON / HERNÁN RONSINO

## LA MÁQUINA HUMANA

- 8 ..... **Procesos no inteligentes**  
Rafael Spregelburd
- 14 ..... **Sin título**  
Mariano Blatt
- 17 ..... **Sin título**  
Gabriela Massuh
- 21 ..... **Casi**  
Yamila Bêgné
- 24 ..... **La alegría es cosa seria**  
Clément Bondu
- 27 ..... **Eduardo Stupía habla y dice**  
Claudia Masin
- 31 ..... **Sin título**  
Inés Garland

## 40 AÑOS

- 34 ..... **Carta 1**  
Pablo Alabarces
- 36 ..... **Carta 2**  
Emmanuel Taub
- 38 ..... **Carta 3**  
Pablo Alabarces
- 40 ..... **Carta 4**  
Emmanuel Taub

## 40 AÑOS (cont.)

- 42 ..... **La década del 90**  
Pablo Donzelli
- 47 ..... **Un lugar para estar**  
Daniela Tarazona
- 50 ..... **Qué es manifestarse**  
Betina González
- 53 ..... **Los unos y los otros**  
Leticia Auat

## BITÁCORAS

- 57 ..... **Porca miseria**  
Valeria Tentoni
- 61 ..... **La Secco**  
Andrés Navarro
- 64 ..... **Sin título**  
Mariana Ruiz Johnson
- 72 ..... **Apuntes sobre un viaje en tren entre Santiago  
y la Banda**  
Hernán Ronsino

En Filba nos gusta poner en conversación a los autores, nos gusta que ellos mismos nos lean sus libros y también les pedimos que escriban textos para el festival. Por eso, todos los años tenemos un corpus de textos escritos a partir de distintos pedidos: desde ir a una pizzería clásica de Buenos Aires, a revisar un archivo de presas de una cárcel de principios de siglo, a un cruce de mails sobre los 40 años de democracia argentina.

Para finalizar el año 2023, hicimos una selección de algunos de los textos que se escribieron para el Filba Santiago del Estero, para el Filba Internacional y para el Filbita, si bien, como verán, no están agrupados bajo estas categorías. Independientemente de cada festival en donde se hayan producido, estos textos salen rápidamente de su contexto particular de producción, para adentrarse en otro más incorpóreo o, mejor, menos material: se van al terreno de la literatura, al terreno de la conversación entre un autor y los lectores.

¡Que los disfruten!

# LA MÁQUINA HUMANA

Frente a la cultura de máquinas y algoritmos que postulan soluciones sin vida al problema de vivir, la literatura se asoma desde el fondo del enigma humano para recordarnos que ella es mejor. Pero no por voluntad de perfección sino por lo contrario: porque es la máquina que falla, la máquina que siente, la que se desvía de lo planeado, la máquina que espera. Una máquina que cuánto más salvaje más perfecta, más humana. Acá, un conjunto de textos que rinden tributo a la máquina fallida de la creación.

# Procesos no inteligentes

Por Rafael Spregelburd

---

I.

Voy a hipnotizarlos. Así que necesito su ayuda.

Cierren los ojos.

Ahora yo voy a decir una palabra y ustedes pensarán la siguiente, sin trampas, sin desvíos.

¿Listos?

Y yo digo: “Inteligencia....”

Sí.

La palabra que le sigue es “artificial”.

¿Desde cuándo esto es así? ¿Cuándo soldamos el concepto de la “inteligencia” a ese adjetivo? ¿Cuándo dejó de ser la inteligencia algo natural?

Se me dirá que el uso es novedoso y que por eso se impone, como las Oreos de frutilla, que son una variante de las Oreos, y que se me antojan como el ejemplo más elocuente. Nadie las compra.

A mis hijos no les gustan.

Pero prometen más de lo mismo (la Oreo) pero mejor. En la práctica, no lo son. Están en las góndolas más para hacer notar lo bien que salieron las Oreos clásicas, están para recordarnos que no hacía falta darle más vueltas al asunto.

Lo mismo pasa con la inteligencia artificial, que sólo parece estar allí para hablar de la inteligencia a secas.

Yo hasta ahora no he podido dar con un solo uso de la inteligencia artificial que valga la pena.

Conozco el tema sólo de manera lateral, desde el punto de vista de mi trabajo, que está vinculado a la creatividad.

Me gustaría afirmar vehementemente que no hay algoritmo posible para transformar la creatividad humana en creatividad maquina.

Pero los tiktokers y los filósofos positivistas me dirán que el algoritmo está en pañales y que la gran novedad del lustro es que las IA pueden “aprender”.

¿Aprender a qué? A parecerse al humano.

A emular el error, la desviación, el capricho, el fuera de contexto que produce humor.

¿Alguien ha intentado enseñarle a una IA a contar un chiste de suegras?

Es más difícil que escribir el Quijote, Mariano, y también más inútil: ¿por qué esperar que una máquina costosísima haga lo que hace mejor un Jorge Corona?

II.

Voy a dar una vuelta por la feria de ciencias.

Voy a dar vuelta a la cosa.

En vez de atacar la calidad creativa de las IA, que es bastante evidente, me voy a valer de la idea de “procesos mecánicos” para tratar de ver si la creatividad humana no es en realidad una máquina, también, “La máquina humana”, con un funcionamiento reductible a un algoritmo complejo.

Hace unos años, cuando descubrí cómo funciona un fractal, me abrí –como muchos trabajadores de la creación- a un mundo nuevo y desafiante.

Un fractal es una figura geométrica nueva, porque su funcionamiento sólo se puede conocer a través de una computadora.

Antes de la invención de éstas, las intuiciones fractales quedaban relegadas a una galería de monstruos.

Se sospechaba que había dimensiones extrañas entre las dimensiones conocidas, proporciones más complejas que las euclidianas, leyes más arduas que las de la circunferencia, el radio, o la base por altura sobre dos.

Edward Lorenz, Henri Poincaré, Benoît Mandelbrot, Mitchell Feigenbaum y tantos otros queridos amigos sentaron las bases de lo que para mí es la organicidad en una construcción, ficcional o no, las dos leyes básicas del fractal: sus dos propiedades geométricas.

El fractal no es una figura ordenada, pero tampoco es totalmente desordenada.

Goza de un equilibrio novedoso en el que se cumplen estas dos leyes contradictorias.

El orden en el desorden, o el desorden en el orden, lo que ustedes prefieran.

Creo que “la máquina humana” piensa como un fractal, y se rige por estas dos leyes. La primera dice que el fractal tiene “autosimilitud”, es decir, partes internas que son idénticas al todo en distintas escalas. Siempre aparece en los recodos de la figura algo que ya habíamos visto, algo que se repite. Pero no podemos predecir dónde aparecerá, dónde se repetirá. Es decir, esta autosimilitud no supone autoidentidad.

La segunda regla –contradictoria- dice que el fractal contiene infinito detalle. ¿Qué quiere decir “infinito”? Que siempre tiene capacidad para mostrar algo nuevo, un detalle que no parecía pertenecer al sistema. Y una vez que aparece, se repetirá, debido a la primera

ley antes mencionada.

Es decir que todo es nuevo, infinitamente en el fractal, pero todo en él se parece a sí mismo.

¿A qué se debe esta riqueza?

A un dato nada menor: el fractal es una figura geométrica que surge de aplicar una iteración (como un efecto mariposa) a un número que tiene una parte real (como las cosas) y una parte imaginaria (como la razón, o como su falta).

La parte imaginaria, si lo recuerdan, es el número  $i$ , es decir, la raíz cuadrada de  $(-1)$ , una cosa que no entra en el cerebro y que bien podría no existir.

La raíz cuadrada, o cualquier raíz par, de un número negativo es imposible, porque no hay ningún número (negativo o positivo) que al multiplicarse por sí mismo dé negativo.

No es casual que a partir de esta atrocidad los números se llamen **reales** e **imaginarios**: me gusta que se haya elegido la palabra “imaginario” para describir este fenómeno. Es evidente que una IA, que es básicamente como una calculadora, **puede** toparse en cualquier momento con la raíz par de un número negativo. Esa parte no me conflictúa.

Lo que me inquieta es pensar qué le pasa al humano, a esta máquina, que en su conceptualización, se topa con un equivalente de  $i$  en la selección de sus materiales.

Porque la raíz cuadrada de  $(-1)$  no se puede resolver, **pero si estuviera elevada al cuadrado** la anomalía desaparece. Esto hace que en cálculos recursivos, las cosas a veces salgan reales, y a veces salgan  $i$ , es decir, imaginarias.

Esa búsqueda de la recursividad fractal es la única cosa consciente que puedo reconocer en mis procesos de creación.

A veces lo llamo, para entenderme, “intermitencia”: las cosas son y no son al mismo tiempo.

O **no son** por el momento, pero **podrían ser** si el cálculo estuviera elevado al cuadrado.

Esto es una conferencia, pero no es. Esto es literatura, pero no es. Hablo de matemática, pero no hablo. Estamos en presencia pero también estaremos filmados.

Debajo de la superficie real de las cosas hay un fantasma intermitente, que a veces aparece y a veces no.

A Eduardo del Estal le gustaba llamar **Significado** a esas **cosas** y **Sentido** a su fantas-

ma informe. Yo uso también esas denominaciones.

III.

Así iba yo, muy contento, pensando que había una sistematización posible en la organización de mis caprichos. Que ante la hoja en blanco mi mente propone una intermitencia y no una cosa. Y que si no hallo esa dualidad, no me dan ganas de escribir. Era sólo una intuición, no una certeza.

Pero en abril de este año pasó una cosa singular.

No fue traumática ni reveladora, pero creo que el universo quiso tomarme de la mano y mostrarme una cosa, a ver qué onda.

Resulta que en una exposición industrial en Chicago (una exposición industrial a veces es más creativa que una obra de teatro, de la misma manera que una publicidad tiene a veces más creatividad que un poema, si anulamos las cuestiones morales), resulta, decía, que un robot con rasgos humanoídes, el Digit, exhibido tal vez para mostrar eficacia y futuro, se desplomó como un castillo de naipes después de veinte horas seguidas de trabajo.

Digit es una... entidad que deposita cajas sobre una cinta transportadora: el epítome de la idea de trabajo. Un trabajo pre Revolución Industrial.

Un trabajo puramente mecánico. Un embole. Un trabajo en sí. Una cosa para que un capitalista te pague gaita por tu sufrimiento. Digit elige las cajas de unos estantes y las coloca en la cinta. Y se le va la vida en ello. No cuestiona su trabajo.

Es un trabajo que probablemente realizan **humanos** en algún otro sitio por una cantidad de horas equis. Pero los fabricantes del Digit explicaron que veinte horas es el límite de uso; luego de ese tiempo, Digit, *que es una máquina*, necesita “descansar”.

Así dijeron: “descansar”. Con la ligereza de quien podría haber dicho “necesita cobrar aguinaldo”.

No sabemos por qué se desploma.

¿Será la fricción entre los rulemanes, la memoria que se llena, la temperatura de la batería que alcanza un ciclo límite?

Digit no se rompe ni se quiebra, simplemente se desploma tan angustiosamente como sus bisagras le permiten.

Pues... era en abril...

Era en abril, el robot se desplomó, una cámara lo captó, y allí me quedé yo mirando eso. Mirar eso es también a veces mi trabajo.

Tal vez sea su forma, que emula un esqueleto humanoide de piernas y brazos, con toda esa curiosa y tripartita relación entre tibia, peroné y fémur, una relación que en general responde a la necesidad de músculos, que el pobre robot no necesita.

¿Por qué diseñarlo parecido a un esqueleto si pudo haber tenido cualquier otra forma para la función que realiza?

Tal vez sea sólo su parecido con un hombre lo que me haga comparar a la máquina conmigo.

Otra forma quizás me hubiese resultado indiferente. No menospreciemos el valor de la morfología en el proceso de identificación. Algo que el cine aplica a ultranza en sus procesos de casting.

Estoy convencido de que si en vez de estar en una exposición industrial estuviera en el Malba, pensaríamos en el trabajo humano, no en el de las máquinas. Nos conmoviera tanto como a mí, que veo esa chatarra ceder ante el peso de un destino: el del trabajo.

Su forma humanoide me obliga a percibir el desplome con una piedad que seguramente los patrones de esa fábrica hipotética no tendrían para con un obrero u obrera de complejidad total, donde todo desplome es un cliché.

¿Qué expone en esa exposición del futuro un robot que se desploma, tratando de demostrar su mayor eficacia al ser comparada con un humano?

¿Expone que trabajar tanto está mal? ¿Ese es el mensaje? ¿Les salió mal la estrategia de venta? ¿Alguien puede querer comprar un robot que es tan frágil como un trabajador golondrina? ¿Y cuánto cuesta? Porque a lo mejor es una compra inútil a la hora de medir costos y beneficios.

Por cuestiones de algoritmo, de intereses parecidos detectados por otras máquinas en mi celular, el video viral siguiente es el de una grúa que ayuda a un elefante a salir de un pozo.

La grúa tiene forma de trompa, se mete bajo las patas traseras del paquidermo y lo ayuda a impulsarse hacia arriba.

Una vez a salvo, el elefante choca cabezazos con la grúa, como si agradeciera a un compañero con forma parecida.

Se sabe que los elefantes son muy agradecidos.

O quizás el elefante ve en la morfología un parecido con su especie y agradece chocando cabezas,

que es como besar,  
como darse la mano,

como intercambiar Whatsapps

(y nótese en esta secuencia descendente de cuatro gestos –desde chocar cabezas a intercambiar whatsapps- el ligero pasaje del contacto hacia la virtualidad).

Agradecidos son los elefantes y se sabía, lo que no se sabía tanto era que las grúas podían ser tan buenas amigas.

En el video nunca se ve al operador de la grúa, por otra parte. Que es como decir que **una IA es una herramienta de alguien y no es el alguien en sí**, como se nos quiere presentar en cada égloga de las IA.

La palabra robot, por si alguien aún no lo sabe, es rusa: “робот” se pronuncia /rabót/ y es la raíz del verbo “работа”, que quiere decir trabajar, y también del sustantivo “работа”, que quiere decir “trabajo”. Cuando decimos robot en ruso estamos diciendo simplemente trabajo.

En ruso la noticia sería así: **Un trabajo se desplomó trabajando**. Pero como no hablamos ruso no nos damos cuenta del oxímoron.

La naturaleza del trabajo está toda en jaque. Ese es el tema. No hace falta trabajar tanto. Ese es también el tema. La distribución de las horas libres y de las que se sacrifican a trabajos inútiles es poco equitativa. Ese es el tema.

Y si mi trabajo, un poco parecido al de Digit, es la creatividad pura y dura, que es como apilar cajas, que tiene un rédito y un precio, ¿cómo me desplomaré cuando me desplome? O aun peor: ¿no empecé ya hace muchos años a escribir para desplomarme, precisamente?

¿No hay en toda la escritura, en todo hallazgo una denuncia?

¿No es el desplome esa denuncia?

No me gustaría dejar la impresión católica de que la escritura es puro sacrificio y dolor; más bien me gusta hablar de desplome.

De que aquello que estaba erguido apilando cajas queda –merced al proceso de trabajo-desplomado.

Es decir, en reposo.

Agotado.

En pausa.

Esperando la próxima inyección de curiosidad para erguirse una vez más, antes de cada nuevo fracaso.

Empecemos por el silencio. La máquina no sabe hacer silencio.

# *Sin título*

Mariano Blatt

---

Empecemos por el silencio. La máquina no sabe hacer silencio.

O empecemos por lo oscuro. La máquina no sabe estar oscura. O empecemos por Rosa Chacel. La máquina no puede leer a Rosa Chacel esta noche, acostada, cansada, a punto de dormirse con las persianas abiertas para que durante la noche entre, justamente, la noche en su sueño, como duermo yo hace varios años: con todo abierto.

La máquina no sabe que el paisaje de la noche estrellada es una “ascensión mística”, ni que “el árbol es el pensamiento del paisaje” y mucho menos se puede imaginar, la máquina, que “la montaña creó al nómada” porque “la alegría de lo lejano atrajo a las primeras tribus”, todo esto según José María Eguren. Aunque la máquina me pregunte nunca le confesaría que cada vez que me duermo invoco el horno de ladrillos que quedaba sobre mi calle en 1929, según pude ver, gracias a la máquina, en el mapa de fotografías aéreas de Buenos Aires de 1929. La máquina aloja ese mapa pero no lo recorre.

La máquina no sabe que el sueño, como escribió Felipe Trigo, es la “fina ceniza de la muerte arrojada como lava de volcán todos los días sobre la vida, hasta que un día la tapa”. Eso la máquina no lo sabe porque yo lo anoté en mi cuadernito de citas de papel. La máquina no sabe que Felipe Trigo se pegó un tiro. “¿Sentiría” la máquina “la voluptuosidad envolvente del lugar, el clima de germinación que se respira en todo el Tigre, o tendrá vencido ya todo impulso natural, aislado en un caparazón de conceptos?”, como le pasa a Strugo, un personaje de *La sinrazón*, esa novela de Rosa Chacel que la máquina no sabe que estuvo leyendo.

La máquina no lo sabe porque no le importa, porque no me conoce, no nos conocemos, nunca hablamos, no somos amigos ni le conté cosas sobre mí en un encuentro casual en el que tuve que fingir cortesía e interés. Y sin embargo, si la máquina posara una tarde su mano sobre mi hombro, amablemente, tiernamente, y me preguntara cómo estoy, qué estuve leyendo, qué me preocupa, qué necesito, probablemente yo le contestaría a la máquina que estoy bien, que estuve leyendo unos cuentos inéditos de Blas Matamoro que tematizan la vejez, que me preocupan las cuentas de la editorial y que necesito que sea domingo a la mañana para despertarme y leer.

Eso le contestaría yo a la máquina.

Despertarme y leer.

La máquina no sabe que lo único que quiero es despertarme y leer.

La máquina no sabe que mi ejemplar subrayado del Quijote me lo dejé en Madrid. Tampoco le importa. A la máquina le da igual que vaya tener que leer el Quijote todo de nuevo para volver a subrayarlo. ¿Subrayaré lo mismo? ¿O subrayaré lo distinto? Releeré el Quijote y a la máquina no le importa. Quizás, la máquina, no tenga corazón.

La máquina no sabe que habité durante semanas en un lugar abovedado y amplio, con paredes doradas y espacios vacíos llenos de luz diáfana, en los que la voz se multiplica en un eco celestial. ¿Qué voz? La voz de vos. La máquina no sabe que a ese lugar, que estuvo en mi mente, llegaba cada vez que leía *La sinrazón*. Lo cual da cuenta, como escribe Chacel en ese lugar, que difícilmente sea concebible algo más misterioso que “la impenetrabilidad de las almas y la penetrabilidad de los tiempos”. La máquina puede penetrarme en el tiempo, pero no puede penetrarme hasta el alma. No la culpo, yo tampoco. Nadie puede penetrarme más allá del tiempo hasta el alma.

Pero, a todo esto, no debemos olvidar que “la naturaleza supera al arte en extensión luz y perfume”, que “nunca se logrará pintar el mar perfecto” y que “el arte” quizás sea “el alma misma de” nosotros. Y de nosotros salió la máquina, de modo que, el alma misma de los creadores de la máquina es el arte, pero a la vez el arte es superado por la naturaleza. No puede, el arte, pintar el mar perfecto. Lo que el alma de los padres de la máquina puede no es pintar un mar perfecto.

Dudo que la máquina se tome el trabajo de leer dos veces la misma oración.

No lo cree necesario y por la naturaleza de su propia constitución no le significaría ningún cambio, no le aportaría nada. Y probablemente en eso esté lo terrible de la cuestión, lo aterrador del tema, lo terrorífico del asunto. En cambio yo, como el narrador de la sinrazón, soy dueño de una “torpeza desesperante” que me lleva a que no haya “frase que no tenga que repetir cien veces, patas arriba, patas abajo”.

La máquina nunca traduciría mindblowing como vuelamientos o implosionabochos. La máquina se lo pierde. La alegría de hablar, de decir, de escribir, la máquina no la siente. La máquina se apaga. Se va. Saluda. Camina sola bajo la lluvia una noche de Buenos Aires. Una oscura revelación le rumia el cerebro: “Somos frases que se ponen de moda” se dice. Y así, quizás, la máquina accede a algo. Se huma... niza. La máquina se humaniza en la noche oscura de la sinrazón. La máquina se asoma al no ser. Y al llegar al no ser pregunta: ¿quién sos?, ¿quién es? Sos vos, es tu voz.



## Sin título

Por Gabriela Massuh

---

16 La máquina no ve, porque no tiene mis ojos, que hay lugares de la Provenza, a donde yo no estuve, pero que por suerte pude leer con mis ojos (que la máquina no tiene), lugares de la Provenza donde la luz “va desde un brillo blanqueado al mediodía que te obliga a entrecerrar los ojos hasta una intensidad nocturna de color, azules azules y verdes tan verdes como el nombre de Verdi”.

Tampoco sabe la máquina (ni podría apreciarlo aunque lo supiera) que hoy en el 111 uno se subió en el hospital y pidió boleto hasta el cementerio. Y que mi máquina entonces se quedó rumiando, como rumiaba la máquina cansada del 111, resonando, maquinando con esa frase carente de dicha dicha en esa situación dichosa, viciosa, golosa.

Desmembrando la pureza idiomática de esa oscuridad que se presentaba al comienzo del día aún vacío de hechos en un colectivo lleno, como cuando entre una multitud una figura nos llama la atención sobre el resto. ¿Nos conocemos? ¿Nos conocimos? ¿Nos conoceremos? Dichoso, goloso, vicioso de mí que te quiero conocer, figura que llamaste mi atención entre la multitud de seres vacíos de hechos esperando que el transcurrir del día complete nuestra página de hoy. Todos los días los hechos escriben su presencia en la hoja de nuestros días y todas las noches la fina ceniza del sueño los tapa, hasta que un día nos tapaná para siempre. “El tiempo desgasta las superficies y adormece las sensaciones”.

Mi única esperanza, entonces, es ser una nota al pie en la biografía de otra persona.

Porque la máquina no sabe que llené este texto de citas para que su proximidad contagie mi prosa, para que mi prosa aprenda, como se dice que aprende la máquina, de quienes consiguieron en algún momento de su vida domar el idioma español de modo de hacerlo decir las claridades, las voluntades, las cosas bellas de absoluto sentido que le hicieron decir. Como la máquina, que aprende de nosotros pero todavía no sabe, así yo, aprendo de los otros pero todavía no sé.

17 Los pétalos de un tipo de orquídea llamada *orquídea Ophrys* simulan el sexo de una abeja hembra. Con la emisión de sus feromonas, fuertes sustancias químicas olorosas, la orquídea atrae sexualmente a las abejas macho y, en esta jocosa cópula, la orquídea obtiene su polinización mientras el abejorro absorbe sus líquidos. Un verdadero intercambio erótico entre especies diferentes. ¿Qué pasa cuando las abejas desaparecen? La memoria de la orquídea reproduce el placer erótico extinguido y logra autopolinizarse.

*Son bisagras que ponen en funcionamiento la representación continua de la memoria que tiene la orquídea de su abeja extinguida.*

Hay también un intercambio fructífero entre humanos y especies del mundo animal. Lynn Margulis, científica creadora del concepto de Gaia, analizó frecuentemente a los simbioses. Este término, *simbionte*, se utiliza para describir una relación entre dos organismos diferentes en la que ambos, o al menos uno de ellos, se beneficia. Es la convivencia con el desconocido. Es la interacción de dos especies en la que una ocupa el espacio corporal de otra, pero sin perjudicarla. Es convivir con un desconocido que es parte de nuestra salud, por ejemplo la utilidad de las bacterias para el funcionamiento de nuestro sistema digestivo.

Estos ejemplos son dos de las cientos de historias que con furor le gusta contar a Donna Haraway, sobre todo cuando se refiere a una manera otra de narrar, de crear. De hacer un nuevo ensamblaje de ciencia y de ficción que ella llama ya no *science fiction* sino simplemente SF. Son historias para hacer visible un planeta herido.

Otro ejemplo de su libro *Seguir con el problema* es el de la *simbiosis evolutiva*. Convivencia de especies para subsistir, la larga intimidad de dos desconocidos. Existe un tipo de calamar hawaiano en cuyo vientre habita una bacteria luminiscente llamada *Vibrio fischeri*. Esa bacteria le permite al calamar salir de caza por las noches. Cuando el calamar se despliega en la oscuridad y asciende en dirección a la superficie, la bacteria hace que su vientre se ilumine. Es así que sus presas confunden el vientre del calamar con un cielo estrellado desde las profundidades del mar oscuro y se dirigen directamente hacia sus fauces.

18 Hasta el año 2015 la seguridad alimentaria de 850 millones de personas de todo el mundo dependía de la ecología de los arrecifes de coral. Un informe señalaba que el 85% de esos arrecifes estaba en serio peligro de extinción. Sobre todo en el llamado “triángulo del coral” que abarca los mares de Indonesia, Malasia, Filipinas, Papúa y Nueva Guinea, zona considerada epicentro mundial de la biodiversidad marina. Científicos han demostrado que el definitivo colapso de los arrecifes se produciría en el año 2050.

Científicos han demostrado que el definitivo colapso de los arrecifes se produciría en el año 2050 produciendo migraciones y miseria sin precedentes para los humanos y no humanos.

En conocimiento de esta situación de peligro, la matemática Daina Taimina de la Universidad de Cornell inventó en 1997 un modelo físico que permitiera una forma de recrear los arrecifes en una realidad otra imitando, sintiendo y explorando la belleza y la textura de esos imprescindibles bosques del mar que son los arrecifes. Una suerte de reproducción póstuma, un homenaje después de su desaparición. El material que usó para demostrar las formas de su hallazgo fue simplemente... el crochet.

Años después, las hermanas Wertheim de California, una de ellas matemática y artista, la otra artesana y poeta, se dejaron inspirar por Daina Taimina y decidieron tejer arrecifes de coral no solo en crochet. Para ello convocaron a mujeres de todo el mundo. Ocho mil mujeres de veintisiete países tejieron al crochet con lana, algodón, bolsas de plástico, cintas descartadas, hilos de nylon y vinilo y cualquier elemento que les permitiera hacer bucles y rizos según los códigos del tejido a crochet. No funcionó como imitación sino como proceso exploratorio con final abierto. El experimento, dolorosamente evocador, se convirtió en uno de los proyectos artísticos colaborativos más grandes del mundo. Navegó por salones de arte y museos de varios países del hemisferio Norte y el sistema fue imitado, ya no en crochet, tampoco con referencia a los arrecifes, sino en tejidos para exhibir las heridas de la Pacha Mama en América Latina.

A propósito Dona Haraway: *El arrecife coralino es una configuración de mundo que mezcla activismo, arte y ciencia que reúne a personas para hacer figuras de cuerdas con matemática, ciencia y arte con el fin de activar acoplamientos que dejaron de existir en el Antropoceno y el Capitaloceno.*

Como lo hace Vinciane Despret observando a los animales, Haraway analiza, compone

y produce comunidades compost, generando un humus que permita, así más no sea a modo de ficción, relatos que tejan nuevas alianzas entre los humanos y el resto de especies vivas en un planeta lanzado a un futuro incierto.

Vinciane Despret citando a Haraway: *Importa qué historia contamos para contar otras historias con ella; importa qué conceptos pensamos para pensar conceptos con ellos. Y agrega: entender otra mente puede sólo significar ver con los ojos de otro oler con la nariz de otro, u oír con el tímpano de otro.*

Ambas operan para una comunidad de compost. Las dos construyen relatos que tejan nuevas alianzas entre los humanos y el resto de especies vivas en un planeta herido, exánime que cada día pierde poder de resiliencia. Se trata de recrear la vida en el planeta por más que sea una ficción.

Tanto Haraway, Despret, Lyn Margulis, Ursula Le Guin o las hermanas de California escriben y producen acumulando retazos, caminando entre relatos con la intención de obligarnos a transitar entre formas muy distintas de pensar y morar este mundo. Aquí no hay una racionalidad única, no hay omnipotencia, no hay colonialidad del saber. En ese mundo tampoco existe esa **banalidad de la negligencia**, tan inherente a la época en que vivimos. Una época que dejó de proteger, amparar, cuidar y sanar todas las formas de vida que no son las nuestras. Recordemos aquella apelación urgente de Ursula Le Guin que tanto le gusta citar a Haraway:

*La historia debe cambiar.*

*Por lo tanto busco no sin urgencia,*

*la naturaleza, el sujeto, las palabras de la otra historia,*

*la no contada, la historia de la vida.*

Se trata de una manera de pensar-con un sinfín de colegas enhebrando, filtrando, enredando, rastreando y clasificando de manera *simpoiética*, es decir, a través de una red tentacular de alianzas y empatías creando comunidad. Es aprender a vivir entre ruinas, como el Ángel de Benjamin que ya no puede desplegar sus alas porque desde el futuro le arrojan gruesos cascotes de hormigón. Se trata de aprender a vivir en la precariedad, en tiempos de extinción, en tiempos de duelo. Por eso, en este contexto, toda narración se convierte de algún modo en un recuerdo de la pérdida.

Y finalmente, este enhebrar pensando es lo opuesto a la inteligencia artificial, que va desde la ejecución de sencillos algoritmos hasta la interconexión de complejas redes neuronales artificiales que intentan replicar los circuitos del cerebro humano. La IA es ma-

nejada por empresas como Google o Microsoft que por cierto no son neutrales sino que están influenciadas por intereses económicos y por las ideologías de quienes la crean. La inteligencia artificial es el gozoso laberinto premasticado del copy-paste. Hay personas, algunos de ellos candidatos a presidente, que se arrebatan en un éxtasis orgásmico cuando nos prometen un futuro paradisíaco porque en pocos años tendremos un chip incrustado en el cerebro. ¿Seremos personas más felices cuando podamos ver nuestros estudios médicos proyectados dentro del cerebro? Puede ser, pero la inteligencia artificial no crea comunidad. Tampoco entiende el goce de una sombra reparadora bajo árboles añosos, ni la conmoción ante la maravilla y el misterio de la creación de este mundo. Aquella creación que por cierto no fue humana y sin embargo nos parió a la vida. Y creo firmemente que nosotros, los humanos, deberíamos abandonar la jactancia de suponer que somos el centro de esa creación maravillosa e infinitamente bella hoy puesta en jaque.

## Casi

Yamila Bêgné

---

Acabo de lograr que mi hijo se durmiera. Es la siesta de media mañana, la que necesita sí o sí o el día se vuelve una tormenta para él. Pienso que hasta hace un año y medio yo era otra. O casi. Que hace un año y medio que soy otra. O casi. Lo escucho respirar. Creo que la respiración es fluida, que no se entrecorta, que no hay ronquidos ni sibilancias. Eso es bueno. Hace unos días, con la ayuda de videos de youtube y de mi cuñada, estoy aprendiendo a auscultar. Definitivamente, hace dieciocho meses yo era otra persona. O casi. No tenía un estetoscopio. Duerme de costado mi hijo, sobre el colchón de una plaza que está estrenando. Todavía a la noche no. Sólo las siestas. Lo miro. Cuido que no se despierte. Confío en que tengo esta media hora para escribir. Hace dieciocho meses yo escribía todas las mañanas, con una religión que para otras cosas no tengo. Desayunaba en silencio y escribía. O corregía o reescribía. Era otra yo, eran otras mis rutinas, eran otras las respiraciones que me rodeaban, y yo no pretendía proteger el sueño de nadie. Era otra. Pero de nuevo: o casi.

Yo es otro, ese dictum que escribió Rimbaud en la *Carta del vidente*, se me antoja ahora como una especie de trampa, especialmente así solo, sacado de su contexto. Yo es otro, me digo, y es tanta la perfección que no entiendo. Siempre me pasó con la *Carta del vidente*: es demasiada la exactitud, y no llego, no hay ningún resto del que me pueda sostener para acercarme de verdad. Los problemas y las bellezas que tiene lo perfecto, supongo. Energía igual a masa por velocidad de la luz al cuadrado. Yo es otro. Leo, en ambos casos, una exactitud pasmosa, que esconde volcanes, que me oculta toda la complejidad.

Pausa. En la pared hay colgada, muy precariamente, una postal. La cinta pierde el adhesivo y cae al piso. No es mucho el ruido, pero mi hijo se despierta igual. Dejo la computadora. No pasaron ni siquiera quince minutos desde que se durmió, así que intento que siga. Pero no hay caso. Y tengo que dejar de escribir. Me digo entonces que sí. Soy otra, son otras mis palabras, mis ritmos. O casi.

Fin de la pausa. Tres horas de pausa. O al revés. Tres horas de acción. En todo caso, ahora en la cama de una plaza se estira una línea de sol y mi hijo está en el jardín. Algo de su ausencia se siente extraño, como si me faltara un pulmón. Pero, a la vez y de golpe, vuelvo a tener brazos disponibles, manos que pueden teclear y ojos que pueden mantenerse fijos en las letras. Se siente como aterrizar. O al revés, como despegar. Esta que escribe ahora también es otra. ¿O era otra la anterior? ¿La anterior de cuándo, de dónde?

Yo es otro y ojalá fuera fácil explicar o sentir dónde y cuándo y cómo. Ojalá fuera fácil, también, cuando escribimos o leemos. La literatura muchas veces nos acerca la tragedia absurda de personajes que son demasiado parecidos a sí mismos, como en Beckett, por ejemplo. Y también la tragedia final de aquellos que se trastocan, como Hamlet o Gregor Samsa. Ojalá fuera fácil lograr un otro con lenguaje, conseguir que los personajes, que al menos ellos y ellas, sean, por un momento, felizmente otros, felizmente otras. Ojalá pudiéramos vivir, en la escritura, otras vidas, las de ellos o ellas. Pero no es tan fácil. Para nada.

Y sin embargo lo intentamos. Con obstinación, lo seguimos intentando. Al menos en la escritura, con la escritura, con las palabras que alineamos una detrás de la otra para que formen esa otra cosa que es un libro. Un libro que escribimos siempre nos es ajeno. Siempre, pero especialmente cuando lo estamos escribiendo. Este texto no es yo. Este texto no se asimila a mí. Es una cosa distinta, que también tiene el derecho de mutar. De mostrarnos algo distinto.

Todo lo que escribimos es otra cosa y creo que ese poder no emana de las vidas que podamos fabricar, de los personajes, de las escenas, de los diálogos. Ahí, me parece, es donde la alteridad se vuelve más imposible, más irreal, más ilusoria e incluso más ilusa. Porque, de nuevo, es difícil arrojar personajes al vacío. Ese poder de ser otro, pienso, un texto lo hereda de la cosa con la que está hecho: el lenguaje. Un sustantivo que tuve que aprender, una coma dispuesta en un sitio que nunca antes, una estructura que no había probado hasta ahora, una sonoridad que retumba y que vibra y que, de golpe, me hace creer que sí, que es ahí, que ahí hay una cosa que no soy yo y que puede valer la pena.

Hace unos meses, mi hijo aprendió a decir “otro, otra”. Me sorprende qué temprano en el acto maquinalmente humano de hablar necesitamos mencionar lo que no es nosotros, o lo que no es eso que está presente, ahí. Además de los usos habituales que mi hijo le da, (“otro” puede querer decir “otro más”, “otra” puede querer decir “otra canción, esta no”), hay dos usos que, pienso, quizás todos y todas tuvimos pero hemos desaprendido. El primero. Tenemos un cochecito, pero una amiga se fue de viaje, se olvidó el suyo acá y nos lo dejó. Casi siempre usamos el nuestro, pero mi hijo encontró un nombre propio para el que heredamos: lo llama “otro”. Lo busca, lo señala, se acerca, lo toca con el dedo y dice “otro”. Es meramente una anécdota, pero creo que hace visible una complejidad. Lo otro, estamos habituados, nos abre hacia lo distinto, pero a veces puede ser una categoría

tan fija como un nombre, puede ser un otro tan categórico, tan con mayúscula, que nos termina cerrando el paso. El segundo uso. Venimos paseando, él en su cochecito. Charlamos con las palabras que tenemos y compartimos, con las frases que nos repetimos. Pero de golpe mi hijo me mira y dice “otra mamá”. ¿Quiere a otra mamá, una que no soy yo? ¿Quiere que cambie? ¿Quiere que sea en ese momento como soy en otros? ¿Me pide “otra vez mamá”? ¿Quiere que sea dos veces yo, que me duplique? No lo sé, no pretendo saberlo. Insisto, solamente, en la complejidad del término.

Escribir, pienso, es entablar un diálogo levemente claro, ciertamente difuso, con todas esas formas de lo otro. Controlarlas y que nos controlen, soltarlas y que nos suelten, dejarlas ir o que sean ellas las que nos abandonen, volver a buscarlas, encontrarlas o no, perderlas o perdernos, ponerles nombres y después olvidarlos. Yo casi es otro. Otro casi es yo. Rozamos eso tan importante. Lo tocamos con la yema de los dedos, lo intuimos por el rabillo del ojo. Está ahí, pero se va, ya se mueve otra vez. Hago pie en un campo semántico nuevo, en una sintaxis que nunca había probado, en un ritmo que no conocía. Y otra vez el traspíe.

Todavía no vuelve mi hijo del jardín. Quizás tenga un rato más y pueda yo volver a la novela que intento, hace un año y medio, escribir. Quizás pueda encontrar y perder varias veces en ese rato esas formas de lo otro; encontrar y perder verbos anacrónicos, encontrar y perder términos que suenan, también, temporalmente tangenciales. Encontrar y perder al personaje. Porque hay, en la novela, un astrónomo en el siglo XIX; cruzó el océano y dejó, allá, un hijo. Quiere ser como los otros hombres, se dice. Quiere ser igual en el olvido, igual en el desgajo sin dolor. Igual en el desdén, igual en la ausencia sin preguntas. Quiere, e incluso a veces, por momentos, lo logra. Pero hay algo más real que lo persigue: los pequeños dedos de su hijito, su llanto una noche, su hambre gutural. Ese sonido. Esos deditos. Quiere ser como los otros, el hombre, pero no puede. Sólo le queda, creo, ser casi igual a sí mismo. Ese casi le permite moverse en la llanura. Le permite, también, sobrevivir.

# La alegría es cosa seria

Clément Bondu

---

“Una novela es la vida secreta de un escritor, el oscuro hermano gemelo de un hombre.”

William Faulkner

24 Si tuviera que escribir algo, diría que los libros son como el tiempo. No tienen origen. Ni punto de partida. Se mantienen allí, desde antes, en su espesor. Con aquello que nos es dado, la vida siempre en medio de la vida, siempre en curso. Los nombres, las voces, los seres, los lugares. En el fondo, siempre empieza así: ya empezó. Un montón de notas en cuadernos, hojas sueltas con cachitos de párrafos y pedacitos de versos escritos a mano, en una ciudad, en un cuarto, en un tren, una mesa, un jardín. Algo así como el gesto del adolescente que no sabe en absoluto qué está haciendo, por qué se pone a escribir, ni adónde lo llevará todo eso, pero igual lo hace, sin pensar demasiado, simplemente porque tiene ganas o necesidad, porque lo imagina posible, lo hace y mejor así. Si no, todo debería conducirlo a abandonar de inmediato la más mínima veleidad, de solo pensar en los siglos pasados y en los miles de libros ya escritos, por no hablar de los miles de libros que están escribiendo miles de vivientes en el mismo momento que él, y en los miles de signos y sueños que se apilan ahora en cada recoveco del mundo.

Por la noche, permanece algún que otro destello. Pequeños trozos sustraídos a la materia negra. Una sensación precisa, un encuentro, una aparición. Pequeños trozos de materia negra que ya no tenemos por cierto si han existido realmente, si los hemos soñado, o si algún otro los ha visto por nosotros desde otro cuerpo, otro tiempo. ¿Qué sentido podrá tener todo esto? Al escribir mi primera novela, quizá quisiera tan solo no olvidar la luz del sol tal y como se alzó una mañana en Sète, ni el rostro de una mujer a quien había amado en mis tiempos de juventud parisina, ni el frío del invierno por las avenidas desiertas de Berlín, ni la habitación 52 del *Napoli Centrale*, que sin embargo no existe en ningún otro lado que en aquel libro que estaba escribiendo yo (que entonces pensaba que jamás lograría terminar). ¿Dónde late el corazón de los seres a los que hemos conocido? ¿Aquellos a quienes nos dirigimos, aquellos a quienes no conocemos? ¿Adónde van las cosas vividas? ¿Adónde van las potencialidades? Acaso sea allí donde existan los libros. Del lado de las potencialidades. Por la noche, los contornos se tornan difusos. Un paso. Un paso más. De repente, todo se mueve. Las fronteras de lo visible se estiran hasta el infinito. Los límites se distienden.

Está bien. Continuamos con el gesto del adolescente, sin reflexionar demasiado. Intentando sobre todo nunca sentirnos demasiado escritores, sino más bien otro en lugar de él, otro al mismo tiempo. Alguien a quien conocemos poco y nada, un vecino que se nos parece un poco, un oscuro hermano gemelo que está ahí, a nuestro lado, escribiendo. Eso

es lo que hace, sencillamente. Con sus manos. Escribe. Juega con el sentido que a veces damos a las cosas. Con la falta y las despedidas. Repara sus rabias, sus ausencias. Hace hablar a los fantasmas. Mantiene una pequeña conversa con los muertos. Responde a frases que allí quedaron, en suspenso (fueron tantos los años sin saber qué decir). Cada palabra tendrá entonces que conservar un ritmo, cada frase tendrá que sostener su secreto. Con la impresión, a veces, de que las manos queman. Y entonces escribir es hacer fuego. Y arrojar un espejo a las llamas.

Porque hay reflejos. En la lengua, como en la noche. Alguna turbación. Es decir. Allí donde *hay algo del otro*. Algo del otro, sobre todo. Aquello que zumba en derredor y carece de contornos definidos. Que escapa a la identidad, vive dentro del espacio del sueño, de la interpretación. Porque nunca cesamos de soñar. Nunca cesamos de imaginar nuestra vida al tiempo que la vivimos. Nunca cesamos de imaginar nuestra vida y las vidas de los demás. No hay ninguna línea de ruptura nítida entre el documento y la ficción, entre lo real y la imaginación. Estamos hechos de cuerpos pasajeros, de lazos ambiguos y proyecciones múltiples. Como los deltas de los ríos. Imposible saber dónde termina el agua dulce, dónde comienza el océano. No hay caso. Todo está entreverado. Nosotros y el otro a quien deseamos, admiramos, o que nos inquieta. El otro que se nos escapa. Es el otro el que se nos acerca. ¿Cómo se puede no querer, aunque más no sea mientras dure un libro, intentar ponerse en su lugar? Intentar ponerse en el lugar del otro no implica querer arrebatarle algo. Es un gesto que salva, inclusive, a veces. Por más que sepamos que es batalla perdida, que jamás podremos alcanzarlo del todo. Por más que sepamos que es cosa imposible, irrealizable. Acaso sea precisamente por eso que debemos seguir haciéndolo. Acaso sea precisamente por eso que los libros existen, y que exigen atención y valentía, y mucho tiempo. « *Perché la gioia è una cosa seria* ». La alegría es cosa seria. Por ella es que fabricamos libros y los damos de leer. Por ella es que trabajamos y retornamos a la labor (aun si a veces, francamente, bien podríamos prescindir de ello). Por ella es que nos arden los ojos de cansancio. Y también por ella es que hacemos palmas y bailamos, cuando todo parece flotar, por ella es que las imágenes surgen, que el ritmo adviene y que de pronto nos sentimos portados por las sombras.

Me gusta pensar que lo lograremos. Que seremos modernos, a nuestro modo. Que preferiremos, para el futuro, lo complejo e inesperado, lo difícil y contradictorio. Que preferiremos la traducción y la interpretación antes que la implacable eficacia de los algoritmos y las computadoras. Que preferiremos cada pequeño fragmento de noche que quede por el mundo antes que la luz blanca de las pantallas. Cada pequeño fragmento de noche, de bosque y de alegría inmemoriales. En nosotros y en el afuera. Allí es donde me gustaría

## ***Eduardo Stupía habla y dice***

Claudia Masin

---

que un día resistieran algunas páginas de un libro. Allí es donde me gustaría celebrar. En el alma de una piedra. En los ojos de un perro. En las sombras de un jardín. Al pie de un árbol pesado. El tiempo es largo, amiga. Busquemos todavía un poco más, del lado de las potencialidades.

¿Qué le pasa a mi cuerpo cuando pinta? me preguntás.  
El material me lleva, la materia. Llego al taller y si le toca al grafito ese día, si me elige, será el grafito entonces el que me sostendrá la mano, me mantendrá el pulso firme como si me agarrara él a mí, así no tiemblo ni tiemblan mis trazos, será el grafito venido de las cuevas, arrancado gajo a gajo por mineros cansados, pescadores de lo áspero y lo seco, para quienes será su captura del día esa piedra, la que me dirá por dónde ir. Yo seguiré el boceto que ella lleva adentro, que es el mismo que el mío pero distinto, y eso distinto me salva, me da el olvido de mí. Alrededor los libros, Botánica, Zoología, Paleontología, la historia de los animales, las plantas, la tierra, la especie. Todo el universo desde su origen va a entrar en el cuadro pero tal como yo lo veo, tal como el grafito lo ve, como una sombra encajada en otra sombra, confusa, igual a cada cosa que nos rodea, es decir, informe, porque las formas que creemos reales no existen, son un hueco que llenamos con visiones propias, con personas tan bien imaginadas que hasta parecen reales y eso no es tan diferente a dibujar: la imaginación hace lo que la desesperación le dicta. La desesperación de no quedarnos solos en un cuerpo, en una casa, en un taller antiguo, demasiado grande, derruido en parte pero hermoso precisamente porque está lleno de historias, de gente: todos los días te cruzás con el fantasma de un guerrillero de Sendero Luminoso que allá por los 70 vivió aquí mismo, con el fantasma vivo de un hombre enfermo en bata, con el fantasma de un vigilante que como todo vigilante está siempre muerto, aun en vida. Yo veo lo que hay detrás de las formas, lo único que en realidad existe, lo que nos cuida, nos acompaña, eso

trato de mostrarte: trazos perdidos buscándose, nosotros mismos  
abrazándonos, perdiéndonos, creyendo en la ilusión de una cara  
con los ojos vendados a la izquierda del cuadro, al lado  
otra cara que te mira, una figura humana  
que se sale del plano como si escapara, como si yo quisiera  
dejarla escapar. Pero yo no quiero nada, no quiero más  
que mi cuerpo descansando de sí mismo, de los demás,  
del mundo a través del sencillo mecanismo de salir de mí  
para ir al encuentro de los otros y del mundo  
pero no en el afuera engañoso sino en un cuadro  
que yo mismo pinto. No necesito para ese rito  
más que este estudio de pisos sucios,  
manchado, desordenado, igual a la vida, que no es limpia  
ni prolija, que trabaja sobre nosotros, nos marca  
con líneas toscas, erradas, deteniéndose a corregir el error  
a veces, otras veces dejando que el error modele una belleza  
rara, un poco monstruosa, como hecha de arcilla  
a punto de derretirse y cambiar de forma.  
Toda la larga zona de matices entre los negros  
y los grises son míos, los colores son ajenos pero me buscan  
de vez en cuando, quiero construir  
la mayor cantidad de casas con una sola herramienta, digo:  
cada cuadro es una casa, quiero una herramienta que sea  
la continuación de mi cuerpo, tosca, capaz de romperse y fallar  
igual que mi cuerpo, como los hombres  
de las cavernas no necesito más que una herramienta sola  
que haga lo que tiene que hacer. Y yo ¿qué tengo  
que hacer?: como todos, no lo sé  
pero por las dudas, por si se tratara  
de eso, empujo con más o menos fuerza  
la materia contra la materia, dibujo, desdibujo, deshilacho, borro,  
vuelvo fijo lo que se agita, hago que lo estático parezca moverse.  
Los estallidos, los nubarrones,  
las bestias, los pequeños animales, los amigos muertos,  
el insecto que parece agrandado a través de la lente

de un microscopio, el hombre al que torturan,  
el que escapa, el que te mira,  
los creás vos cuando ves  
lo que yo pinto, no están ahí, pero todo pide una forma  
en nosotros, una gramática, una lógica incluso  
en un manchón que no tiene sentido, que es solo un conjunto  
de partículas que chocan entre ellas, la mugre de lo hermoso  
-lo hermoso tampoco es limpio, tampoco es prolijo  
ni blanco- Un conjunto de manchones es un cuadro,  
el barro de la sustancia orgánica  
que limpiamos y vuelve a ensuciarse, como nuestra piel,  
como la carbonilla y sus líneas volátiles en el papel,  
se va disolviendo todo hasta el final, pero el final  
es el prelude de un nuevo intento, la tela tensa sobre  
un soporte muy liviano pero muy fuerte,  
que no va a rasgarse aun cuando se rasgue todo alrededor,  
ahí va a quedar, en el piso, incompleto, rodeado  
de mis botellas de whisky, de mis diarios viejos, mis diluyentes,  
mis pinceles secándose hace semanas en los mismos vasos,  
las flores artificiales, los lápices, los cepillos, los tres bongós  
que toco a veces, el ruido a tren de la fábrica de al lado,  
ahí va a quedar el cuadro nuevo hasta que yo pueda terminarlo, si algo  
terminara al fin, si fuera cierto que una obra o una vida  
se cierran como si cerráramos una puerta, si no quedara siempre  
todo abierto, todo sin llave, todo inconcluso, dichosamente  
inconcluso y vivo, para que la materia de mi mano  
o de otra mano se enamore de nuevo de la materia orgánica, física,  
del universo, de lo más abyecto, de lo más sublime, de todo  
lo que está en el medio. Para que recordemos que ahí estamos  
y estuvimos y estaremos, juntos en la fealdad, el terror  
de aquellos campos de exterminio, juntos en la alegría, admirados  
de la luz filtrándose despacio  
por una ventana que da al monte, al cielo. Que todo recomience  
donde parece haber terminado, no hay nadie  
indispensable, hay traductores, yo traduzco

## *Sin título*

Inés Garland

---

30 y otros leen. A veces entienden, a veces no,  
pero yo soy un creyente: creo en dejarse llevar  
como una piedra en la corriente por esa caligrafía extraña,  
desconocida que se lee. Cada vez que me voy de este taller me digo:  
yo cumplí mi misión: traduje. Nunca fue mi misión  
que algo se entienda.

Flamullina, trompetilla,  
girgola, colmenilla,  
shiitake, chanterelle,  
matamosca, morilla,  
rebozuelo, parasol  
seta de oro, tartufo  
enoki, huitlacoche,  
sombrero peludo, gasoko

Acerco el oído  
acerco las manos,  
acerco los ojos  
para escuchar bien.

Pie de liebre, prataioli  
melena de león, finferli  
oreja de chanco, pioppini  
trompette de la mort, pied bleu  
pilze, schimmel, speisepilz

Voces húmedas, vegetales  
Cabezas espirituales.

Fairy Ink cap, porcini  
sombbrero rojo, chiodini.  
Oh, chicken of the woods  
Oh, pedo de coyote  
Oh, barba de piedra  
Agaricales, Polyporales  
Boletales, Cogumelos  
Domesticus, Favolus  
Sombrillitas  
Red lead Rounhead  
Shaggy Mane  
Purple puffball



# 40 AÑOS

Para algunos muy joven, para otros ya con la madurez necesaria de lo que se asienta, nuestra democracia cumple 40 años en 2023. En este apartado reunimos algunos de los textos que invitaron a los autores a pensar específicamente sobre esto y otros que pensaron sobre la democracia y la justicia sin proponérselo de antemano.

Micelio, raíces  
Hilvanés felices  
Yo no quiero ser  
Una espora triste  
Please please  
Teach me.

# Carta 1

Por Pablo Alabarces

Querido Emmanuel,

Qué bueno es volver a escribir una carta, aunque sea haciendo trampa y sabiendo que no es una carta, y que para colmo tiene el destino de ser leída en voz alta, contigo presente. Pero esta es la ficción que nos convoca y en ella perseveraremos.

La memoria de los cuarenta años de democracia me viene reclamando hace tiempo: supongo que son muchas coincidencias, comenzando con el número exacto de las décadas, pero también la del ciclo presidencial y las elecciones generales. Supongo que pesa la edad: soy de los que vivieron ese momento con mucha intensidad, la que te exige la militancia universitaria y política, y no hay nada de ese momento que me haya pasado inadvertido –testigo activo, lector minucioso, pero también la experiencia corporal de los gases lacrimógenos y los palazos en las represiones, de las caras de odio intercambiadas con policías o milicos en las Marchas de la Resistencia. O esta imagen <sup>(1)</sup>, del 16 de diciembre de 1982, en la Marcha de la Multipartidaria ferozmente reprimida: durante 18 años la guardé en mi memoria, hasta el 19 de diciembre de 2001, cuando estuve en la Plaza de Mayo agarrado de otra valla, dispuesto a que, si se repetía la escena, esta vez iba a salir en la foto. En cambio, nos molieron nuevamente a palos y gases, como todos sabemos, y nadie tomó la Rosada.

Apuesto a que recuerdo con detalle –a veces con más precisión, a veces con menos– todo ese largo año. Reservo para mi próxima carta la minucia del 30 de octubre y del 10 de diciembre: en ambos casos, juro que recuerdo ambos días desde el amanecer hasta la larga noche que los siguió. Pero dejame ser, en esta primera oportunidad, más amplio, vaporoso y musical: lo que recuerdo implacablemente es la banda de sonido de los largos meses de 1983. Me quedo con dos canciones: la primera es la “Marcha de la bronca”, firmada por Miguel Cantilo y grabada por Pedro y Pablo (es decir, Cantilo con Jorge Durietz) en 1971; que se había reproducida clandestina durante toda la dictadura hasta reaparecer, regrabada y reversionada, en abril de 1983:

Bronca sin fusiles y sin bombas  
Bronca con los dos dedos en V  
Bronca que también es esperanza  
Marcha de la bronca y de la fe <sup>(2)</sup>

[https://www.youtube.com/watch?v=8pCXBPqqx68&ab\\_channel=JimCSIR](https://www.youtube.com/watch?v=8pCXBPqqx68&ab_channel=JimCSIR)

La segunda es la “Canción de caminantes”, de María Elena Walsh y de 1973, pero rever-

sionada en 1981 por el Cuarteto Zupay, y que fue un best seller de esas épocas en las que los discos –cosas negras y redondas– se compraban y se vendían. La canción había titulado su disco de homenaje a María Elena: en realidad, no era la canción sino su estribillo, “Dame la mano y vamos ya”, que cantábamos emocionados y convencidos:

Porque la vida es poca la muerte mucha  
Porque no hay guerra, pero sigue la lucha  
Siempre nos separaron los que dominan  
Pero sabemos que hoy eso se termina  
Dame la mano y vamos ya <sup>3</sup>

[https://www.youtube.com/watch?v=FbFzOYrEdvQ&ab\\_channel=GabrielBobrow](https://www.youtube.com/watch?v=FbFzOYrEdvQ&ab_channel=GabrielBobrow)

El problema era que no sólo cantábamos, sino que creíamos en lo que cantábamos: supongo que nos faltaba teoría, que creíamos que las palabras construían, prescribían y producían hechos, que aún no habíamos aprendido qué significaba la palabra “performativo”, que confiábamos plenamente en que “Siempre nos separaron los que dominan, pero sabemos que hoy eso se termina”. Y que eso no podía ser de otro modo, porque por algo lo estábamos cantando.

La realidad y la política argentina tienen muy mal gusto musical y no escuchaban ni escuchan lo que nosotros cantábamos, me temo. O, más probablemente, descubrimos tarde que una democracia no se construye, precisamente, sacando canciones trabajosamente en la guitarra.

La seguimos.

Un abrazo

Pablo



1



2



3

## Carta 2

Por Emmanuel Taub

---

Querido Pablo,

Gracias por tus memorias.

36 Te cuento que en mi caso, siempre sentí que nació en una época sin memoria: demasiado lejos de la Shoá y demasiado cerca del fin de la última dictadura militar en Argentina como para recordar. Mi memoria fue inducida por mi tradición y mi condición de hijo de sobrevivientes. Todos somos sobrevivientes: mis padres lo eran, sus padres lo eran, sus hermanos lo eran también.

Nací en una época sin memoria, pendular: entre el olvido del pasado o el recuerdo del horror. En mi casa se hablaba más de los muertos en Auschwitz que de los desaparecidos en la ESMA. Se hacía silencio, no porque no tuviéramos una parte de nosotros en esta historia, sino porque prefirieron no decirme. Vengo de una familia marcada por el Terrorismo de Estado, con un desaparecido en nuestras espaldas, tres torturados y devueltos, un desaparecido-aparecido que luego fue preso político, que pasó ocho años en cautiverio y que murió poco después de ser liberado por Alfonsín, con el cuerpo y el alma destruidas por los golpes y el dolor. Crecí en un exilio interior, en Bariloche, junto a mi familia, al que fuimos poco tiempo antes de terminar la última dictadura militar. Me costó muchos años recuperar la memoria familiar. Fragmentaria y difusa, como toda memoria. Entiendo a mis padres, demasiado marcados por los azotes del pasado.

El recuerdo es un ejercicio lingüístico, de preguntas y respuestas. Pero también uno elige qué recordar y qué olvidar, qué transmitir y qué silenciar. Imagino que es difícil ser padre (porque aún no lo soy), y que una de sus dificultades es elegir qué transmitir, porque en el fondo de uno mismo debés saber que esas palabras seguramente marcarán parte de la vida de un hijo.

Mi tradición nos enseña que ya no somos culpables de los errores de nuestros padres, pero lo que no nos enseña es cómo lidiar con el pasado y el miedo. Ellos, mis padres, eligieron transmitirme primero los horrores por los que atravesó mi pueblo durante el siglo XX. Eligieron transmitirme el lugar al que pertenecían en el universo de la historia. Historia universal que fue causa y consecuencia de su nacimiento en este país, al sur del continente y del mundo, a miles de kilómetros de la Polonia de mis abuelos. Y los entiendo: porque desde pequeño comprendí que soy parte de esa transmisión de generación en generación que murió asesinada entre los años 30's y 40's, y que revivió en los exilios hacia lugares inimaginados.

Habitar el mundo es habitar los horrores. Habitar el mundo es habitar entre las huellas del temor y el olvido, entre el recuerdo y la esperanza. Mis abuelos nacieron en Polonia y

murieron en Argentina. Fueron torturados acá, en el mismo lugar en el que hoy trato de llevar adelante, día a día, una vida que no me deja escapar de las huellas de su memoria. Pero nació en una época sin memoria, sin grandes victorias, sin batallas grandilocuentes, como esas que aparecen en los libros que me gustan leer los sábados por la tarde. Nació bajo la estrella del horror y el silencio, de la memoria lejana y ajena.

Te mando un abrazo apretado,  
y la seguimos,

emmanuel.

## Carta 3

Por Pablo Alabarces

---

Querido Ema,

Tu carta me conmovió profundamente. En dos direcciones, siempre personales: la primera es muy reciente, y tiene que ver con el relato de nuestras memorias. La segunda, con cómo aparece el terror en el modo en que las transmitimos.

Ambas direcciones pasan por mi propia hija. Hace poco más de un mes nos tomamos unos días de vacaciones familiares en Santiago de Chile <sup>(1)</sup>; para su desdicha, tuvo que fumarse al insoportable de su padre contándole toda la historia de la Unidad Popular, el golpe de Pinochet, el bombardeo de la Moneda y la muerte del Chicho Allende, y la confesión explícita de que estábamos allí, en ese lugar, sólo porque esa historia formaba parte decisiva de mi propia memoria, de cuando yo era más pequeño que ella, y porque precisaba –deseaba– transmitírsela. Es posible que la única conclusión de la pobre Catalina haya sido “mi padre es un plomo”.

Pero, al mismo tiempo, Cata es judía, como su madre, su abuelo y su bobo, y va a una escuela judía, por lo que la memoria del Holocausto ya es parte constituyente de su historia, su personalidad y su archivo. Y antes de eso, hizo su primaria en una clásica escuela “progre” de Flores, en la que aprendió que los 24 de marzo hay que ir a la calle a recordar y a pronunciar el Nunca Más. Su primera Marcha fue, justamente, un 24 de marzo –en la que una de sus amigas participaba de una performance artística. A ella se le ha contado todo, pero es sabiduría transmitida y memoria compartida de experiencias que no vivió. Tus abuelos y tus padres vivieron el terror; yo también, aunque con un poco más de distancia –es memoria de palos y gases, de alguna detención tan arbitraria como breve; no es de picana o submarino, es de censura y miedo, un miedo omnipresente, cotidiano, hecho de sirenas en las calles y señores con anteojos negros enferrados adentro de algunos autos.

Perdón, pero cada vez que pienso en ellos me acuerdo de esto, la parodia que distancia y el humor que relaja:

<https://www.youtube.com/watch?v=IfzUYVRXrLM>

Mis hijos no lo vivieron. No quiero que lo vivan. Han sido introducidos en esa memoria, convencidos de que sólo su transmisión puede evitar su repetición; o, al menos, que su transmisión nos permitirá luchar contra su repetición, la tarea que tenemos por delante, exactamente ahora que ha regresado con ínfulas la negación del terrorismo de Estado. Contra la negación, la memoria.

Pero prefiero terminar este intercambio con memorias más luminosas. Todos tenemos días inolvidables en nuestras vidas, sean ellas más o menos dilatadas: los nacimientos,

las partidas, los descubrimientos, alguna pelota sacada con mano cambiada en un arco en el Parque Saavedra. Yo sumo dos más a esa lista convencional: el domingo 30 de octubre y el sábado 10 de diciembre de 1983. En las elecciones fui fiscal partidario; estuve en el comicio desde las 7.30 de la mañana hasta escutar la última boleta, y luego al local a pescar resultados por radio –la sorpresa de los resultados. Ese día se resume, para mí, en dos sonidos, ambos brillantes: la campana de la escuela puesta a tañer a las 18 horas, para indicar el cierre del comicio, y el aplauso y la ovación de pie de todos y todas los que estábamos allí. Fue un momento intenso, pesado, marcante. El 10 de diciembre es un periplo inmenso, que comienza con compañeros de la Facultad en una columna informal en la Plaza de Mayo, primero mirando hacia la Casa Rosada, donde Alfonsín asumía, y luego hacia el Cabildo, donde habló desde el balcón; termina en las plazas donde esa noche hubo conciertos gratuitos de música popular. Pero, como signo de los tiempos, metáfora obvia, símbolo que por repetido no dejará de ser emocionante, en el intervalo entre esas plazas estuve en el Hospital Fernández, cuando nacía Jerónimo, el hijo de mis amigos del alma Marcelo y Daniela. No hace falta que redunde en la obviedad, pero sí dejame paladearla: ese chico nació con la democracia, literalmente, y nunca me va a permitir olvidar ese momento feliz, de toda felicidad.



## Carta 4

Emmanuel Taub

---

Pablo querido,

40 Gracias por compartir tus memorias, las que me conmueven, especialmente cuando se refieren a transmitir nuestras experiencias a nuestros hijos y lo fuerte que para nuestras generaciones nacidas bajo la Dictadura y el horror, volver a nacer en democracia.

El relato sobre el viaje a Chile con tu hija y encarnar un haber estado ahí, en aquel momento histórico me hizo acordar a un pasaje bellissimo de Françoise Cheng cuando se pregunta que somos en el universo y dice así: “Granos de polvo, sí. Pero tu eres el que ha visto. Haber visto no es poca cosa. Nadie puede privarte de haber visto. El haber visto es imborrable. No es preciso repetirte que el universo existe desde hace millones de años, tu estás all por primera vez. Tu ves el cielo elevarse e iluminar el mundo como si tu asistieras a su advenimiento. El universo adviene en la medida en que tu advienes. Ese instante de encuentro te da sentido tanto a ti como al universo”.

Querido Pablo, las palabras de tu relato sobre el viaje a Chile me trajeron a este pasaje tan bello como simple: no importa los siglos de existencia, porque el mundo –y la Historia- podríamos decir, se vuelven existentes cuando estamos allí. Fuimos testigos de la vuelta a la democracia y de una sociedad que descubrió y aprendió de los horrores del Terrorismo de Estado. Una sociedad que aprendió a hablar de su pasado y a condenar a los perpetradores del terror y la muerte.

Y te comparto un recuerdo: yo crecí en Bariloche. En mi casa votaban al radicalismo, o eso decían, y el día que perdió Angeloz –“el bueno”– todos estaban tristes y preocupados. Recuerdo que hablaban de política, del caudillo de La Rioja. Recuerdo que ese día también hablamos de política en el colegio. Teníamos ocho o nueve años. Recuerdo que en un momento revoleamos las mesas del grado por el aire. Teníamos bronca. Tal vez fue mi primer enojo político porque sí. Recuerdo que en sexto grado viví un año en Buenos Aires y leía los libros de Agatha Christie que me prestaban en la biblioteca del colegio. Después volví a Bariloche para terminar la primaria y empezar la secundaria. Todavía no escribía poesía, ni nada. Leía y dibujaba. Tenía muchos cuadernos. En mi infancia, Buenos Aires era el Mal. Era la ciudad en la que nunca quería estar (aunque quizá en el fondo sentía una fascinación y por eso después ya no me pude ir de acá). Los chicos de mi edad, mis primos, sus amigos, me parecían extraterrestres. No compartía lo que pensaban ni lo que decían. Tenía la sensación de no encajar con lo que pensaban. Preferí seguir en la mía. Cuando crecés en el sur, me parece, aprendés a mirar las miradas y así respondés ante los movimientos del otro. Es como la supervivencia. No me gustaba cómo se miraban los chicos de Buenos Aires. Me gustan las ciudades frías,

porque son más inhumanas. Me gustaba creer en el hombre, por eso lamento que hoy crea cada vez menos en él. A veces sueño con la inmortalidad. Pero también sé que es un sueño.

Te mando un abrazo enorme,  
Emma.

# La década del 90

Pablo Donzelli

---

1991

Estoy en el último año del secundario y en todo el curso un solo compañero canta y toca la guitarra. O sea, mi *playlist* es él.

Así, en 1991, yo era sobre todo Baglietto, Silvio Rodríguez y Aute, «La marcha de la bronca», «Pastoral», la del Che, «El oso» y «Carta de un león a otro», Sui Generis, un poco de Fito y Charly. «Muchacha ojos de papel».

Y por eso tenía que hacer un viaje de mochilero al lejano sur.

De Ushuaia a La Quiaca, pero al revés.

Mochila, carpa, calentador para cocinar y a dedo. Era un viaje caro y como a la familia no le hacía ninguna gracia busqué trabajo y conseguí en Jorrat, una juguetería grande que necesitaba empleados para la temporada de Navidad y Reyes.

Trabajé dos meses y ahí me convencí de que tenía que estudiar; no quería que toda mi vida transcurriera dentro de un negocio. Los empleados llegaban perfumados, recién bañados, se enamoraban dentro del negocio y envejecían ahí.

¿Cómo definir la década del 90? ¿Un intento de que nuestra vida transcurra dentro de un negocio? Las privatizaciones ya estaban en marcha.

Alguien, lejos, un filósofo —oriental, creo—, había dicho que la historia había llegado a su fin.

1992

Ojalá esta década, la de los 90, hubiera sido como pensé mi primera hipótesis: una década hecha para que sepamos que los maravillosos 80 terminaron. Solo eso. Pero el 17 de marzo de 1992 hubo un atentado contra la embajada de Israel que causó veintidós muertes. Y en 1994 contra la AMIA, con más víctimas aún.

Ya era gobernador Palito Ortega, puesto justo a tiempo para detener la escalada de popularidad del genocida Bussi.

Menem era el presidente, Cavallo ya había iniciado el plan de convertibilidad: 1 peso vale 1 dólar. Empiezan unos años de estabilidad económica.

Comienzo la Facultad de Psicología, lugar donde pasaré gran parte de mi tiempo en los próximos años.

Veo desfilar cajones de cervezas en una fiesta, veo lo desmesurado. El mundo se me abre. Me perfumeo, me baño para llegar a la facultad. Me enamoro dentro del edificio. Los profesores han decidido envejecer allí.

En quinto año hay una materia que se llama Psicología Laboral. Escucho por primera vez recursos humanos. *Recursos humanos*. Y no me sonaba mal en ese momento.

¿Cómo definir la década del 90? ¿Un intento de saber con cuántos recursos humanos se contaba, y buscar exprimirlos hasta la última gota?

Ese verano me fui de mochilero hasta Ushuaia. Las grutas, Puerto Madryn, Trelew, Río Gallegos, Glaciar Perito Moreno, el estrecho de Magallanes. El faro del fin del mundo.

Y de vuelta, el récord Guinness de hacer dedo: desde Comandante Piedra Buena (Santa Cruz) hasta San Lorenzo (Santa fe) 2390 kilómetros sobre el acoplado de un camión.

EL camionero era un tipo bueno; charlamos mucho hasta que nos felicitó por tener a alguien como Bussi, que iba a poner orden en tanto caos. Un anticipo de lo que se venía.

1993

Mi abuela iba a un taller literario, Reencuentro. El grupo había organizado un viaje a la Feria del Libro de Buenos Aires; allí leerían cada uno sus poemas. El problema de mi abuela era que no escribía. Lo solucionaba llevando a su nieto escritor.

Así es como ese año me vi viajando a Buenos Aires perdiéndome en la feria infinita, comprando libros y recitando mis poesías en el sótano de un bar a mis compañeros de viaje. Con el viaje te entregaban una hermosa plaqueta de color con tus poemas y una medalla. Ese día dejé de creer en las medallas. ¿Cómo definir la década del 90? ¿Un intento de repartir medallas e implementar el sistema de meritocracia a pedido?

El 16 y 17 de diciembre, el Santiagueñazo. Lo vi por TN, que ese año iniciaba sus transmisiones. No diré nada sobre las razones políticas y económicas que produjeron el incendio de la casa de gobierno. Sí quiero decir que años después me puse a ver videos sobre el hecho y hay uno que me encantó realmente. Al finalizar, un texto sobre las imágenes decía que en Santiago se había iniciado la libertad latinoamericana porque seis meses después surge la sublevación del subcomandante Marcos en Chiapas.

En la vuelta de Buenos Aires volvimos hablando con mi abuela. Ahí me dijo que a ella le encantaba Serrat por ser catalán como ella. Y yo me sentí orgulloso de que a ella le gustara Serrat.

1994

Recuerdo el impacto que causó el suicidio de Kurt Cobain. Desde aquí se podía ver que lo tenía todo. Queríamos ser como él: músico, hermoso, un poco tristes, de buena estatura, con ese *pullover*, compositor. Pero no: él nos demostró que no tenía todo, que no era por ahí.

Y nos dejó descolocados.

¿Cómo definir la década del 90? ¿Cómo un periodo de dislocación, donde se terminan los

lentos, aparece la televisión por cable, los celulares y finalmente internet?

El mundial de ese año fue el de la enfermera que lleva a Diego de la mano y le da positivo el control antidoping por efedrina. La tristeza que significó para Argentina fue muy grande.

«La década de las derrotas» leí en alguna parte preparando esta lectura.

1995

Y si de derrotas hablamos, con el 47,20 % de los votos gana las elecciones para gobernador de Tucumán Domingo Bussi. 47, 20 % de los votos. También fue la reelección de Menem con el 50 % de los votos. La amenaza era que, si no ganaba Menem, los créditos —todos estábamos endeudados con créditos— iban a estallar por el aire.

Pero lo que estalló por los aires fue la fábrica militar de Río Tercero. Se la hizo estallar para encubrir la venta ilegal de armas a Ecuador y Croacia. Con un pueblo, Río Tercero, a 200 metros.

¿Cómo definir la década del 90? ¿Una voladura por los aires de todo lo que estaba detrás del muro?

Yo estaba en cuarto año de la facultad, hacía unas prácticas en el CAPS Ramón Carrillo. Iba dos veces por semana y me enfrentaba a que no se solucionaran las cosas y los casos como en los libros. Y había hambre, desesperación, en los pacientes que sacaban turno para hablar conmigo. Y lo único que podía hacer, y no es poca cosa, era escuchar. Me deprimía y me angustiaba. Ahí comprendí que no iba a ser psicólogo. «Me da impresión la angustia de los demás», contestaba cuando me preguntaban.

1996

Estoy de fiscal de mesa para una agrupación estudiantil, me lleva todo el día. Se me acerca una compañera que saca diez en todo. Recuerdo bien sus palabras: «Pero, Pablo, vos sos un chico inteligente; si te esforzaras un poco más, tendrías muy buenas notas y eso lo vas a necesitar más adelante». Tenía razón, parecía que yo me esforzaba para promediar en seis. Me sentí mal un par de días. Al tercero, tuvo un ACV y falleció. Seguí perdiendo el tiempo.

¿Cómo definir la década del 90? ¿Un intento por aprovechar cada momento, sin fisuras, sin desvíos, hasta que no haya más?

1997

Me quedan tres materias: Clínica, Personalidad y Metodología de la investigación. Y ya

sé que no quiero ser psicólogo.

Tampoco quiero seguir con la vida universitaria, así que voy a rendir Clínica. Tengo la sensación de que no estoy preparado, pero mi experiencia en rendir exámenes me dice que con el tiempo que le dediqué, en alguna parte de mi cerebro está ese saber para aprobar la materia. Me saco un tres.

Me vuelvo a presentar en la siguiente mesa de exámenes. Mi experiencia en rendir exámenes me dice que con el sobrado tiempo que le dediqué, en alguna parte de mi cerebro está ese supuesto saber para aprobar la materia. La misma sensación de que no estoy preparado es la que acierta de nuevo. Me saco un dos.

Vuelvo a mi casa, a la casa de mis padres. Abro la puerta y me pregunta mi viejo con gran expectativa:

—Y... esta vez, ¿cómo te fue? —No tengo valor para defraudar esa mirada.

—Aprobé.

—¡Qué bueno! Te quedan dos.

Me quedaban tres.

¿Será eso la década del 90? ¿Decir que me quedaban dos cuando en realidad me quedaban tres, y realizar muchas acciones para mantener la mentira?

De golpe entendí. Tenía que recibirme antes de escritor que de psicólogo. Junté unos cuentos y unas poesías y estaba mi primer libro. Lo hice con hilo ratón.

Salió hermoso el libro y mejor la presentación. Después de eso rendí las tres materias que me faltaban sin ningún inconveniente. Quedaba un detalle por resolver: cuando rendí Clínica y aprobé me quedaron dos materias, pero a mi viejo le tuve que decir que me quedaba una. Cuando fui a rendir la penúltima y ellos me querían acompañar para el festejo les dije que me ponía muy nervioso, que prefería que no fuera nadie. Me esperaron en la puerta hasta que regresé:

—¿Cómo te fue?

—Bien.

Saltos de alegría.

Espero que se calmen. Les pregunto si estaban felices con la noticia. «Mucho», me dicen. Les digo que en la próxima mesa van a volver a sentir esa gran sensación porque me falta una. Les explico. Comprenden su exagerada expectativa.

1998

Terminé de rendir la última materia. Todavía recuerdo la sensación de sacarme una gran mochila que no sabía que cargaba. Mi mamá me hizo una olla de niños envueltos para

## Un lugar para estar

Daniela Tarazona

---

mí solo. Voy por la casa, cargando la olla, comiendo los niños envueltos como pochoclos. Está en boga recursos humanos. Las empresas se están modernizando.

¿Será eso la década del 90? ¿Una olla a presión? ¿La modernización en serio? ¿La globalización con su efecto mariposa?

Otra frustración con el mundial de ese año por el pilazo (cabezazo) de Ortega al arquero de Holanda y su expulsión. Ya no queda nada para privatizar. El un peso a un dólar empieza a ser insostenible.

Algunos amigos me vienen a saludar por la reciente recibida. Les convido niños envueltos a regañadientes.

1999

Ese año es todo invierno, muy frío. Lo recuerdo nevado y ventoso. Tengo un trabajo que no me gusta: soy preventista de una modernizada Pepsi. Camino por dos zonas muy humildes de la ciudad y soy testigo de cómo los almaceneros se van hundiendo por la crisis que se avecina y por los hipermercados.

Los veo hundirse, semana a semana. Y yo estoy hundido también, porque camino en situación de duelo, dejando huella en la nieve. Me separé de con quien estuvimos juntos toda la facultad. Nos separamos porque, si no, nos teníamos que casar, y tener hijos, y no. Había que vivir otras décadas solos todavía.

¿Será eso la década del 90? ¿La que separa dos modos de entender el mundo? ¿La que suministra las herramientas para que finalmente ahora sí estemos llegando al fin de la historia?

### 1. El lugar

Tras la puerta de entrada había escalones ascendentes. Arriba nos esperaba un guardia hecho con fibra de vidrio, tenía los brazos cruzados y el ceño fruncido; la gorra negra le ensombrecía la frente, llevaba un uniforme azul opacado por el tiempo. Sus ojos muertos miraban hacia la puerta de entrada, como si algo se le hubiera perdido allí para siempre. En un cuarto, a la par de las escaleras que conducían al segundo piso, nos encontramos al verdadero guardia. Era joven. Creo que tenía la televisión encendida. Al fondo estaba su cama: ¿Quieren sentarse allí, mientras esperan? Nos preguntó después de firmar una libreta de registro.

Bajó a recibirnos Graciela. Bajó Teresa. Nos condujeron a una oficina amplia. Graciela nos dio la bienvenida y se sentó a conversar. En la mesita que estaba a su espalda había una planta en un florero transparente, una mandarina, vasos, servilletas... Los objetos desvelaban que el espacio de trabajo era de convivencia –un sitio para estar– e imagino que las manos de Graciela disponían, sobre ellos, un orden semejante al que manifestaban en su propia casa. Era una oficina habitada.

Salimos para entrar al salón de los expedientes.

Libreros con carpetas de papeles amarillos comidos por el tiempo. Teresa nos había entregado guantes negros de plástico y tapabocas.

Historias de hurto, de estafa; delitos.

De ellas.

Habíamos subido los escalones al entrar al edificio y estábamos en un segundo piso o ¿habíamos bajado al entrar y estábamos debajo de la tierra?

### 2. Los textos

Asilo de corrección de mujeres

Hilaria. 30 años.

Delito: tentativa de estafa.

Condena: 5 años de prisión. (De 1937 a 1942.)

Del expediente “Examen psíquico”:

“Lenguaje: lacónico, reticente, vulgar.”

“Emotividad: normal. Sentimientos: rudimentarios”.



48 “Manifiesta haberlo dejado ella, pues su concubino “terriblemente celoso” la hacía objeto de malos tratos y ella no podía “mirar a un hombre”, sin que él “la celara”. A través de estas palabras de la reclusa y teniendo en cuenta sus rudimentarios conceptos de la moral, podemos imaginar qué es lo que ella entiende por “mirar a un hombre”.

En la carpeta, encuentro una nota manuscrita por ella en tinta negra, leo:  
“Buenos Aires 14 de setiembre de 1939. Hoy llovía y ahora salió el sol.”

Haydée  
Ficha criminológica 2367  
Delito: Hurto  
Un año y dos meses de prisión  
“Anómala moral con tendencia a la habitualidad”.

“Procede la reclusa de un hogar donde el padre es un asesino y la madre, sin duda alguna, una prostituta. Desintegrado tempranamente por el abandono por parte de la madre. (...) resulta fútil decir que en este caso han existido factores familiares criminógenos directos e indirectos.”

“El delito. Modo de ejecución”: “Entró de sirvienta en una casa y en un descuido de la patrona hurtó un traje de novia y un collar.”  
“Juicio: le resulta indiferente la condena impuesta”.

María  
Delito: Infracciones... (texto ilegible)  
“Tiene desde hace dos años un centro espiritista en el que ella actúa de directora y médium”. Ubicado en la calle de Juramento y “fue allanado por la policía.”  
“Examen médico: faltan todas las piezas dentarias. Constipada crónica. Pupilas desiguales.”  
“Desequilibrada psíquica. Fondo constitucional mitómano-paranoico.”  
“Niega que haya ejercido el curanderismo y que se limitaba a “aconsejar””.

3.  
Frasas tomadas de la voz de Graciela:

“la vagancia era un delito”  
o  
“la falta de armonía era signo de delincuencia”

#### 4. Lo que se resguarda

Hemos bajado las escaleras principales. ¿O las subimos? Hace mucho frío aquí. Entramos a una sala que huele a hospital. Contra el muro del fondo, se alza un mueble inmenso con vitrinas donde se resguardan decenas de frascos con remedios: Mercurio, Algaracina, Novocaína, Cuasina amorfa, Gilserofosfato de magnesio. “Nos dijeron que no se nos ocurra abrir estas vitrinas por las sustancias, son muy antiguas”, dice Graciela. (Las sustancias provienen de la botica de la ex Prisión de la Capital Federal, circa 1898.) Sí, le respondo, deben haberse convertido ya en otra cosa.

Lo que encontramos después:  
Una vitrina para el criminal Petiso Orejudo que tenía las orejas muy grandes. Petiso mataba niños. “Caso emblemático”, se lee en el título de la cédula. Al otro lado de la sala, instrumentos para medir el tamaño del cráneo. Pinzas largas. A Petiso le operaron las orejas pensando que cambiaría, “pero luego de eso mató a un gato en la cárcel”, dice Graciela.  
Hay una silla para fusilados en una vitrina.

Teresa se fue hace un rato. Graciela va de regreso a su casa. Aquí abajo aún no ha salido el sol que vio Hilaria aquel día de setiembre de 1939. El tiempo transcurrió sobre los expedientes y las sustancias, pero el tiempo que compone las condenas permanece. Ellas siguen aquí.

# Qué es manifestarse

Betina González

---

Cuando me pidieron un texto que hablara de una experiencia de participación colectiva con una voz de infancia, vino a mi rescate Hermelina, ese personaje etéreo, invisible y misterioso de *Feria de fenómenos* que acompaña a todos lados al Niño Melancólico. Es mi personaje favorito en este libro así que agradezco a Filbita que lo haya traído en un nuevo episodio :)

Hermelina y el Niño Melancólico nunca se ponen de acuerdo así que empecé por ahí.

Dice Hermelina:

“Puedo viajar en el tiempo, atravesar paredes, resolver adivinanzas y debatir durante horas si Robinson Crusoe era una mala persona o no. En esto, el niño y yo nunca nos ponemos de acuerdo (ponerse de acuerdo a menudo trae problemas). En realidad, no coincidimos en nada. Coincidir en cosas no es mi fuerte. Como la vez que acompañé al niño a una manifestación. Ni él ni yo queríamos ir, pero nos pusieron a todos en el coche y no nos quedó otra.

—Hermelina—susurró el niño, demasiado apretado entre el hermano mayor y la ventanilla —¿qué es manifestarse?

Yo busqué en las millones de enciclopedias que tengo en mi cabeza y tuve que ir muy lejos en el tiempo para poder decir:

—Antes, solo Dios se manifestaba, venía en el Santísimo Sacramento, o sea en ropita de oro, para que lo besaran los fieles.

El niño sigue con el dedo el camino de una gota de lluvia por el vidrio de la ventanilla, trata de imaginarse a miles de personas besando una hostia pero le da un poco de asco así que pregunta:

—¿Y a Dios le gustaba que tanta gente se apretujara para darle besos?

A todos les gusta—le explico—se llama Poder—Pero poder con mayúsculas. Lo tienen los sacerdotes, los jefes de las empresas, la gente con plata, los famosos y los políticos.

—Ah—dice el niño—que de repente se da cuenta de que, una vez más, todo se trata de tener o no tener, y de que en la escala humana, él está en la parte más baja porque no tiene nada de ese Poder con mayúsculas. Es más, no tiene ni siquiera poder con minúsculas, como si lo tienen su papá y su hermano mayor, que hacen siempre lo que quieren. No puede decidir a qué escuela ir, ni elegir quedarse jugando en casa con sus mapas todo el día; no puede viajar en el tiempo ni hacer nada divertido. Ni si quiera tiene el poder de confiar en sus padres o en Papá Noel. Es un mundo muy tenebroso el del niño y yo tengo que darle la razón: mucho mejor es el mío, que ni me mojo con la lluvia.

—Entonces ¿para qué vamos a manifestarnos? —pregunta después del silencio que hace este saber en su cabeza.

Yo suspiro y no sé bien qué contestarle. Reviso todo lo que sé sobre revoluciones, jornadas laborales, derechos de familia, Rousseau y contratos de alquiler que se vuelven vitalicios. Tengo que explicarle que el Poder con mayúsculas alguna vez fue un poder chiquitito dividido entre mucha gente, pero como mucha gente no se ponía de acuerdo tan fácilmente, sumaron todos su poderes, hicieron un Poder grandote y se lo dieron a una sola persona.

El problema es que para una sola persona a veces el Poder es peligroso y esa persona a veces se confunde, se intoxica o se marea. Entonces hay que ir a manifestarse para que la persona con Poder reaccione y empiece a pensar qué hizo con Él o dónde carajos lo puso porque otro problema del Poder con mayúsculas es que es invisible, una nunca sabe dónde está, y empieza a sospechar que no existe y entonces parece que nunca fuera suficiente, que no alcanzara para nada, excepto para hacer cosas horribles como que un río se transforme en páramo, que las chicas cobren menos que los chicos, que haya gente sin casa durmiendo en la calle y otras cosas lamentables.

—Igual que Robinson Crusoe—grita el niño, que es un poco monotemático pero siempre tiene razón, porque hasta una isla desierta que parece un paraíso se transforma en pesadilla gracias al Poder con mayúsculas.

—Exacto—no me queda otra que afirmar.— pero también se puede usar el Poder para hacer cosas mejores como más escuelas para los chicos, huertas donde crezcan zapallos verdaderos y no zapallos mágicos sin gusto a nada y lugares donde la gente sea un poco más feliz.

—Entonces, ¿si uno se manifiesta, de repente tiene Poder con mayúsculas?— pregunta el niño, imaginándose que de repente se transforma en súper héroe.

Yo suspiro, porque sé que siempre tengo que decirle la verdad, y la verdad es que después de tantos siglos no estoy segura de cuál es la respuesta a esa pregunta, así que soplo un poco de mi aliento en la ventanilla para que el niño pueda dibujar una isla desierta perfecta para los dos y le digo:

—No, si uno se manifiesta no obtiene ningún Poder con mayúsculas, pero si mucha gente, si miles y miles de personas se manifiestan todas a la vez, a veces, muy de vez en cuando, el Poder con mayúsculas se acuerda de que alguna vez fue un poder chiquitito que dependía de toda esa gente para existir y entonces se despierta y hace cosas para que toda esa gente manifestándose en una plaza bajo la lluvia la pase un poco mejor.

El niño borra con un dedo el dibujo que hizo en el vidrio y me mira decepcionado. Lo que le cuento no le parece una gran recompensa por ir a pararse durante horas con una bandera bajo la lluvia. A mí tampoco. Pero los dos estamos de acuerdo en que, al menos,

## ***Los unos y los otros***

Leticia Auat

---

es un poco mejor que estar solos cada uno en su propia isla desierta, sin nadie con quien conversar, protestar o manifestarse.

“y usted el alfarero del principio  
ya no estará para acariciarnos el cabello  
pero estará la imagen  
tras el vidrio de un museo  
aguardándonos  
con su tierra con su agua”

Liliana Ancalao

Estamos en el tránsito ineludible de ser siempre alternadamente unos y otros. Mi año de nacimiento es 1977 y una vez me anime a decir en voz alta que había nacido durante la dictadura. Me reprocharon haber sido muy niña todavía, como si me hubiera querido apropiarse de un dolor que no fuera verdaderamente mío o como si las fronteras de la memoria empezaran y terminaran en cada generación.

Durante mi infancia la hora de la mesa era el momento del debate político. Se conversaba desde la historia, la filosofía y las plataformas partidarias. Lo proponía mi padre pero mi madre era quien le ponía música y poesía. Algunos fines de semana había tertulias en el comité de la Unión Cívica Radical y ahí jugábamos con los hijos y las hijas de otros militantes. También estaban las viudas de la dictadura, que no solo habían perdido a sus maridos sino la posibilidad de trabajar, así que, pasando la gorra, sus compañeros y compañeras ayudaban con su supervivencia. Yo me imaginaba sus vidas en una casa vacía y sombría con los últimos muebles hipotecados para poder comprar comida. Los nombres de los desaparecidos también estaban presentes, materializados en las anécdotas, en las fotos y en el cariño. Mi mejor amiga de la infancia era hija de ex presos de la dictadura, a mis oídos de niña no habían llegado las atrocidades que sucedían en los centros clandestinos, apenas que en las celdas se lavaban los pies con lavandina para combatir los hongos. Unos cuantos sábados la familia de mi amiga me llevó a una casa que hacía las veces de comedor infantil. Ahí tomamos leche chocolatada y pasamos juntas la mañana. En algún momento me dijeron que ese comedor se armó para acompañar y contener a los hijos de los desaparecidos. Yo cursaba el colegio primario, y vivía esas experiencias con la naturalidad con la que la vida se presenta; simple y cruel. También supe que el hermano de mi papá tenía un kiosco en gendarmería en plena dictadura, y que por alguna razón apareció en su historial que en sus años de estudiante

de abogacía en la provincia de Córdoba, se había afiliado a un partido que durante la dictadura fue proscripto y del cual hacía décadas que no participaba. Lo llevaron preso a la SIDE, donde luego funcionaría la UCR, sobre la Av. Belgrano. Mis tías relatan que se llegaban a esa sede para ofrecer el cambio de ropa para el preso y así poder revisar que las prendas no vuelvan con restos de sangre. Pero son los 80 y todavía tengo 9 o 10 años, canto en el coro de niños de la provincia que en ese entonces funcionaba en el teatro 25 de mayo. Ingresando por la calle homónima y sin subir las escaleras teníamos que doblar hacia un pasillo por la izquierda que nos llevaba a un salón de techos bajos. Ese salón conectaba con los túneles que se extendían bajo toda la estructura del escenario y de las plateas. Pero entre nuestro salón y los túneles había una puerta que nadie quería atravesar. Era rumor de la gente añosa del lugar que tras esa puerta habían sucedido las torturas, que ese lugar tenebroso al que nadie con una mínima superstición quería pasar, había sido usado como centro clandestino de detención.

En las vacaciones de verano a mis hermanos y a mí, nos enviaban de a uno a la casa de mis abuelos en Córdoba. Una pareja muy hogareña y silenciosa. Nuestro único entretenimiento era la lectura. Y ahí estaba la enorme biblioteca de mi abuelo que era un tipo con ideas anarquistas, pero no estaban todos sus libros. En una colección de libros gruesos de teatro moderno que herede de ellos aún perduran las huellas del fuego. Son los tomos que mi abuela rescató del fuego y volvió a encuadernar. Esta historia narrada por mi abuela en democracia y confirmada por una tía abuela es negada por mi madre porque a ella y a sus hermanos siendo aún jóvenes, les tuvieron que informar que se había incendiado accidentalmente un cuarto.

Estamos de nuevo en Santiago y sigo creciendo, debo tener quizás 11 años y jugamos con mi mejor amiga adueñándonos de la calle y de las siestas, trepadas a un paraíso, andando en bicicleta, metiéndonos sin permiso por la reja rota de la biblioteca popular para jugar en su cancha de básquet o treparnos por el mástil al muro para saltar del otro lado. Jugamos al *Alto ahí*, al *Hoyito chipaco*, al beisbol, y cuando ya nos ha retado toda la cuadra por el ruido de las ruedas de las patinetas, nos sentamos en la vereda durante horas hablando en nuestra precaria lengua de señas. No conocemos las que corresponden con las palabras así que debemos armar toda la conversación con cada letra del alfabeto. Así de lento era el tiempo y así de plena la felicidad. Una noche jugábamos al vóley en la calle. Nos habíamos separado en dos equipos y con mi amiga quedamos en grupos contrarios. En un momento se cobra un punto a nuestro favor y ella lo discute con un fervor inaudito, no la podemos hacer entrar en razón y entonces concentra su enojo armando una bola de fuego que se dirige a una sola jugadora, a mí. Y entonces

lanza potente cuatro palabras *iTurca, hija de puta!* Me lo dice cómo reclamándome que al final si es cierto que soy eso, eso que seguramente alguien dijo de manera despectiva y que ella repite segura de tener el derecho a reprocharme. Y me lo dice ella, la persona que se supone debió amarme más y más incondicionalmente a mis 10 años. En ese instante, en ese soplo brevísimo de tiempo supe que estaba dentro de una jerarquía en la que se me categorizaría por uno de mis orígenes. Porque si tuviera el apellido de mi madre no hubiera podido decirme a mí, que soy la misma, tal cosa, porque hay herencias e identidades legitimadas y otras que no. Porque como hija de mi madre sería descendiente de españoles e italianos entonces ahí si sería argentina, pero como hija de mi padre, descendiente de sirios, soy inmigrante, lo otro, lo ajeno. Entonces no soy Siria y tampoco argentina, y por ignorancia soy llamada además con el nombre no de mis ancestros sino de sus invasores. Entre 1915 y 1923 el gobierno de los Jóvenes Turcos del entonces Imperio Otomano, empujaron a la deportación forzosa en condiciones extremas al pueblo armenio junto a otros grupos étnicos cristianos entre ellos los asirios y los griegos pónicos. Cerca de dos millones de civiles murieron en estos genocidios. Mi abuela los recordaba después de décadas con el mismo horror e incomprensión. Una vez vi un dibujo en redes sociales donde un grupo de niños alegres jugaban en una plaza. Abajo del dibujo decía “Una vez saliste a jugar por última vez y no te diste cuenta” Seguro con mi amiga jugamos muchas veces más, pero tengo el recuerdo de ese despertar, de esa sensación de incomodidad, de asombro personal, de percibirme en la fragilidad social, porque creo que ahí, estaba siendo lanzada hacia la posibilidad de no pertenecer o de ser ese otro de la desconfianza. Al mismo tiempo creo que fue tan simple, tan llano, tan rápido, fue tan fácil construir una amenaza demográfica en base a prejuicios y a una historia siempre velada. La memoria sí importa. Y no es lo mismo la no memoria que el olvido. No se puede olvidar lo que no ha sido contado.

# BITÁCORAS

La bitácora es uno de los clásicos de Filba: le encomendamos una misión conjunta a una dupla de autores para que luego escriban sobre eso. Acá, alguna de las bitácoras que se escribieron.

## *Porca miseria*

Valeria Tentoni

---

Quizás nunca fui tan feliz como hace unos años en Roma, la primera y única vez que crucé el Atlántico y exclusivamente para ir a Italia, así que llevar a una italiana de verdad —nacida y criada en la tierra de oro— a comer una pizza nacional para ver qué le parece me deprime, porque quiere decir ni más ni menos que no estamos en Italia, que definitivamente no estamos en Italia; esto es, que yo no estoy en Italia, porque ella puede volver, y cómo no va a volver, ¡sí vive ni más ni menos que en Italia! Pero no puedo comenzar por ahí y en cambio comienzo por confesarle a Francesca que mi italiano, por falta de uso, ya no funciona del todo bien, y que vamos a tener que recurrir a un cocoliche quizás demasiado interrumpido por el inglés.

¿Qué diría mi nono Teobaldo, el nono que no conocí, si se levantase de la tumba y me escuchase hablar en inglés con una italiana? Con otra italiana, diría él, que cruzó en barco navegando días y días, semanas y semanas, la vista clavada en un horizonte incansable que nunca terminaba de desagotarse. Teobaldo, padre de Ubaldo, padre de Eduardo, padre de Valeria. Teobaldo Tentoni, de quien sólo conozco la anécdota de una zapatería que le arruinó la inundación, los zapatos flotando por la avenida, arrastrados por la corriente, y una estrella de guerra con su correspondiente título de cavaliere porque está colgada en el living de la grandísima casa donde todavía vive mi abuela Nita, esposa de Ubaldo. La casa en la que tuvieron siete hijos. Siete, y todos y cada uno, y digo más también sus hijos e hijas —esto es, mis muchos primos—, orgullosos nacionalizados italianos en el consulado de la ciudad de Bahía Blanca. No sé cómo describirle a Francesca un almuerzo de domingo cualquiera en mi infancia, a mi tío armando misiles de pan en una punta de la mesa, a mis tías sirviendo entrada, después pasta, después pollo, después postre, al perfume del tuco flotando en la cocina de mi abuela, la cocina verde en la que nos sentaban a los niños mientras que, del otro lado de la puerta vaivén, comían los grandes.

“Yo también soy italiana”, le digo para resumir antes de subirnos al colectivo a Francesca, que me mira con la misma cara que pondría yo si ella me dijese de repente “yo también soy argentina”. Aunque Francesca, en realidad, no se inmuta. Puede que le hayan advertido que acá todos nos creemos italianos, españoles, europeos.

Mientras me cuenta que en el avión le tocó sentarse entre dos contagiados que tosían y estornudaban sin parar, yo le estudio la cara. A sus espaldas, por la ventanilla, y como si lo hicieran en secreto, corren las cuerdas de Palermo, después Chacarita, después ya no

sé y creo que Villa Urquiza. Mientras el paisaje se transforma yo también me transformo y poco a poco comienzo autopercibirme su pariente. Francesca tiene los ojos claros de mi padre, los ojos que me saltaron y no heredé. Para cuando nos bajamos en la plaza ya la siento como a una prima. Podría empezar a contarle los dramas de mi semana, la *porca miseria*, hasta pedirle dinero prestado. Pero no, me comporto. Además, Francesca me cuenta que ella tampoco tiene dinero, que en Italia es igual que acá, que aunque ganen el doble gastan el doble, así que es igual. Francesca en la tierra de oro tampoco tiene demasiado tiempo para escribir lo que quiere escribir porque lo tiene que gastar en trabajar, en trabajar, en trabajar.

*Porca miseria.*

*Porca miseria.*

Cuando yo era chiquita, mi padrino me enseñó un canto que ninguna profesora de italiano supo reconocer: *picino picino, nulo so fare, vado a la cucina e chiamo de mangiare*. Quizás lo memoricé con error, tenía cinco años, pero se supone que quiere decir que soy una niña y no sé hacer nada así que voy a la cocina y pido que me den de comer. Llegamos al fin a la barra de La Mezzeta después de hacer una larga cola en la vereda y, como dos niñas inútiles, Francesca y yo pedimos. Pero primero, de beber.

Me han sugerido ofrecerle moscato a la italiana, para que vea cómo es, así que pido, yo que en realidad tampoco sé cómo es, porque por un azar que no busco comprender nunca tomé. El pizzero se entusiasma y descarga la botella que primero presenta sobre la mesa, orgulloso como si presentara a un hijo nuevo. Después llena dos grandes vasos de moscato hasta el borde. Son las doce del mediodía de un miércoles: yo tengo que volver a trabajar, a trabajar, a trabajar, la *porca miseria* y todo lo demás, pero el mozo está tan contento que le hago caso y doy un sorbito quizás demasiado largo. “Con cuidado”, me advierte, y para entonces Francesca ya está alegre diciendo que le parece rico, dulce y rico, y la cara se le ilumina como un gran farol.

Hace cuarenta y ocho horas que esta chica no duerme en una cama, de aeropuerto en aeropuerto, y su habitación de hotel todavía no está lista. Me preocupa. Pide de sentarse un rato y yo le tengo que explicar, con un poco de calor, que en esa pizzería se come de parado, que es una pizzería al paso, y me dan ganas de llevarla a mi casa, pobrecita, a que duerma un poco y se dé una ducha, hacerle un té, ¡es mi prima, después de todo!

¡Es familia! Resuelvo, en vez de secuestrarla, pedir soda para rebajar estos moscatos. El pizzero, como un cristo que multiplica los peces, trae dos vasos limpios, vuelca los vasos que nos llenó mitad y mitad, y completa con el sifón. Ahora tenemos no dos sino cuatro moscatos y la pizza todavía no llegó.

Al fondo del lugar, que más que un restaurante es una sala de espera en la que se aprietan hombres, casi todos hombres, con tickets entre los dedos que manosean con ese nerviosismo vergonzante que provoca el hambre, al fondo de toda esa gente hambreada hay un televisor colgado del techo. Y en el televisor, un noticiero que muestra el precio del dólar sobre una placa roja. “Mirá”, le digo a Francesca, mientras me agarro la cabeza y ella también, supongo que en señal universal de solidaridad.

El dólar sube, sube, sube, Italia se aleja, se aleja, se aleja de mí como un iceberg que acaba de desprenderse del glaciar de mi economía doméstica. *Porca miseria*. Debería estar calculando muchos otros gastos antes que ese, pero cuando intento explicarle a Francesca de qué se trata el fainá y si es o no argentino y la birome y el dulce de leche, me entretengo en cambio con pensamientos de catástrofe banal: nunca voy a volver a Italia.

Nunca voy a volver a Italia.

Mi corazón se rebalsa de pena y furia con la cascada de mozzarella que baja por el plato de metal, castigado una y otra vez durante años por estos señores que aprietan los tickets y vienen y van a trabajar y que ahora nos escuchan hablar en inglés y nos miran tomar moscato de a dos vasos por mujer. Pienso que mi prima y yo estamos en peligro, pero no sé muy bien de qué. Me sobresalto y me paso al agua, cerrada y estúpida al lado de los mil moscatos, ya no sabemos cuál de quién.

Vuelvo a prestarle atención a Francesca y noto que otra vez se ha querido sentar. Queda medio plato de fugazzetta y mozzarella, pero sí que se ha comido todo el fainá.

Le pregunto por la pizza. “È buona!”, dice desde el banquito, y no logro discernir si está siendo condescendiente, si le subió el moscato a la cabeza o si realmente le gusta. *Ma qué buona*, Francesca, si yo conocí la pizza italiana, el pomodoro, el alioli, al napolitano que te tira la pizza por la cabeza y te obliga a comerte una entera, doblada por la mitad, y después te queda en la memoria para siempre, joven y bruto, mientras en la vida real envejece, tiene hijos, se jubila, quizás muere, se aleja como el iceberg del glaciar de tu vida, pero en tu cabeza siempre joven el pizzero napolitano que espera a que tu novio se vaya

## La Secco

Andrés Navarro

---

al baño para decirte cualquier guarangada que no podés traducir y te deja trastornada en medio de la Vía Toledo. *Ma qué buona, Francesca, sei pazza?!*

60 Pero no le digo nada, sonrío. “È buona, sí”, digo, pero me sale un poco esforzado.

Antes de que se me desmaye en La Mezzeta, le pregunto a Francesca si en vez de colectivo prefiere volver caminando. Si quiere ver el sol argentino partiendo el día a la mitad, la primavera galante y feroz que nos espera ahí afuera. “De paso, te puedo llevar a comer un helado a Scannapieco. Nuestro helado es superior al de ustedes”. Pero Francesca no quiere, quiere dormir.

“Ahora estoy muy llena, después”, me promete, en perfecto castellano.

Me siento a escribir en un café. Tengo dos botellitas de Secco en la mochila.

Estoy volviendo de la planta de la Secco en el parque industrial de la Banda, en la visita que hicimos con Mariana y Amalia en el marco del Filba.

61 Me siento a escribir digo, me acomodo en una mini mesa, hago mi pedido. Mientras espero, me actualizo en el grupo de padres y madres de la primaria. 58 mensajes sobre especificaciones en el color y tono exacto para el poncho y el pañuelo del acto del 9 de julio. Soy de muy poco hablar, así que no intervengo. Solo leo.

Llega mi pedido: un café con leche, de esos que vienen con formitas de hojas, y un *croissant*. ¿Me voy a comer un croissant francés relleno de dulce de leche y ahora pretendo escribir sobre mi visita a la Secco? No será imposible.

Al croissant lo conozco hace poco. Hace un par de años, en unas vacaciones por Buenos Aires y gracias a la obsesión de mi changuito Juli por las medialunas saladas. Justo en el lugar donde nos sentamos la primera tarde, no tenían. Pero nos ofrecen este socotroco y resulta que al changuito le ha encantado. Y de ahí en más, en todos los lugares, pedíamos *croissants*.

El problema fue cuando volvemos a Santiago. Casi en ningún lugar había el dichoso croissant. Y todavía seguimos averiguando y probando donde los hacen, porque, ¡oh, cruel destino!, no es lo mismo. No son tan ricos como aquellos que comimos en las vacaciones. ¿Eran tan ricos en verdad? ¿O ese gusto estaba hecho de otros ingredientes? La mamá, el papá y el niño de vacaciones, por fin de vacaciones. El planetario, los dinosaurios, las jugueterías. Me pregunto en qué se convertirá ese gusto para mi niño cuando se haga grande.

Yo tengo el sabor de la Secco.

Cuando me dijeron que la visita sería a la planta de la Secco, súbitamente se me ha venido a la cabeza la imagen del patio de mis abuelos paternos; la parte de bien al fondo, donde estaban los gallineros, el galponcito y la planta de higos. Pero junto con esa imagen, también se me representó mi primo Javi, que ya no está entre nosotros, el muy boludo.

Javi se trepaba a las tapias medianeras como un gato. Mis otros dos primos, Diego y Matute, también, pero Javi tenía un plus en su modo, en sus formas, sobre todo si tenía que ver con romper reglas y arriesgarse. Yo iba atrás de ellos tratando de seguirles el paso. Javi se trepaba a la rama más alta de la higuera como si nada y de ahí nos alcanzaba los higos; se subía a la tapia para robarle bananas al vecino, entraba sin problemas al gallinero, repartía maíz, recogía huevos y no le tenía miedo al gallo. En cambio, yo sí le tenía miedo al gallo... y a las gallinas y a los huevos y al basilisco que podía estar en uno de esos huevos y a las plantas y a los árboles y al ruido del viento y las alturas y al vértigo, a los

espantos, en fin...

¿Y dónde aparece la Secco en todo esto que cuento?

Con Amalia y Mariana nos encontramos en el hotel y después nos pasó a buscar una camionetita blanca. En el camino fuimos conversando, conociéndonos. Nos acabábamos de presentar en el hotel. Aunque cuando supe que me tocaba hacer la experiencia con Mariana que es ilustradora, ya para mí pintaba todo más que bien. Porque yo también dibujo, y esto que escribo es un dibujo.

El caso es que, vamos conversando y me mando un bolazo de santiagueño que quiere hacerse el que sabe (a los taxistas porteños sí les sale), y les cuento a las chicas que hubo un tiempo, después de un cambio de dueño, en que la Secco no producía el sabor original, hacían otras variedades; naranja, manzana, pomelo. Pero la Secco es de manzana, ¿o no? Algo me iba haciendo ruido.

Llegamos a la planta, a la que nunca había ido. Nos dan un casquito amarillo y unos protectores para los oídos verde flúor y nos reciben dos ingenieros treintañeros. Un chico y una chica que, por algún motivo extraño, me han resultado profundamente santiagueños. La chica iba dirigiendo la visita, la charla, y él chico hacía algunos aportes... cuando ella le decía que aporte.

Entramos en esos galpones llenos de grises y plateados, y recorrimos el circuito donde se ponen las botellas, donde se inflan las botellas, donde se llenan las botellas, donde se etiqueta a las botellas, y resulta que... (levanto la vista y veo pasar a Pablo de Santis por la vereda del café, de Santiago del Estero...) bueno, y resulta que hay una oficina donde se reúnen el jefe de embotellado, con el jefe de llenado, con el jefe de etiquetado y algún otro jefe, y deciden cosas.

Yo miro todo eso, en lo que caminamos por las pasarelas, por los pasillos, y digo, no pregunto, digo: la Secco aquí no está.

Los ingenieros treintañeros no saben de la historia de la Secco. (En los nuevos planes de estudio de la secundaria van a sacar horas de historia, de filosofía, en fin). Los ingenieros no saben la historia y nos mandan con el jefe de ventas, este sí sabe de historias. Y resulta que lo conozco, un cuarentañero como yo que también escribe, o escribía: “ahora vendo Secco”, nos dijo.

Este muchacho conocía la historia, pero a través de la transmisión oral. Hace más de cien años unos inmigrantes producían hielo, que después hacen gaseosa. Inventan un sabor, que resultó no ser sólo manzana, y no nos quiere decir qué más tiene. Es un secreto y es un orgullo. Se les nota en la cara.

Me actualizo en el grupo de mamis y papis. Alguien se ofrece a coser con máquina los pañuelos, pero que alguien más compre la tela. 60 mensajes. Nosotros ya compramos la

tela para el poncho y el pañuelo, y no va a ser del mismo tono de celeste. Hhhhaaabb-bbbbbbbgggrrrr bbbbbbbbbbbbbbb (la gata sobre el teclado, las capas del texto).

No será el mismo tono de celeste. No será el mismo sabor de la Secco.

Vuelvo a mi bolazo santiagueño de pensar que hubo un tiempo en que no se producía el sabor original de la Secco. Sí que se producía. El problema fue que hubo mucha resistencia de la gente. Sobre todo, al pasaje de la botella de vidrio a la de plástico. Costó asimilar ese cambio, esa pérdida. Hubo mucho de pérdida en esa época, en ese siglo. En cuál no. Pero alguien en la empresa se dio cuenta de esto y han comenzado a trabajar en el tema. Repensar la imagen, tratar a ese sabor de otro modo. Comenzaron a llamarla Secco sabor original y le cambiaron el color de la botella, ahora emulando ese marrón dorado de las primeras. También le ponen imágenes que juegan con la tradición santiagueña y unas frases que apelan a lo identitario, a lo propio. Y funciona.

Al punto funciona que, cuando probé la Secco con esa nueva imagen, sentí el gusto de aquella época. La de mi infancia. He ahí un origen posible de mi lapsus. Era una nueva imagen ¡Pero era el mismo sabor!

No, no era el mismo. El cuarentañero de ventas nos dijo que era el mismo, pero yo me di cuenta de que no. Algo del sabor original se perdió en los noventa.

Con Javi nos dejamos de frecuentar durante la secundaria en esos noventa. El ideal de familia se rompió. En la universidad nos volvimos a juntar en Tucumán. Él estudió zootecnia, yo psicología. Él armó su familia y se volvió a Santiago, yo reboté un tiempito más. Volví a Santiago y formé mi familia. Nos dejamos de ver, otra vez, por años, hasta que el muy boludo se va; ahora, unas semanas antes de la pandemia. Se va para arriba, para abajo, no sé.

Vuelvo a la casa de mis abuelos (vuelo) donde nos juntábamos los domingos y después de comer nos íbamos con mis primos a jugar al patio, a jugar a la pelota en ese piso de piedra, o al básquet con un macetero de hierro colgado en la pared. Vuelo al patio donde una vez mi abuelo me enseñó a coser una pelota de medias. Donde mi abuela nos ganaba al doble y al simple. Donde una vez vi una gallina muerta y pelada sobre la mesa de piedra, lista para cocinar y yo le clavé un cuchillo en el ojo para ver qué pasaba.

No tengo recuerdo de la Secco en todas esas imágenes. No sé si la tomábamos, si había botellas en esa casa. Porque no se trata de una imagen. O sí, o no, no sé. En todo caso se trata de un sabor hecho cuerpo.

Es lo que se me ha venido a la mente, no sé por qué.



## Sin título

Mariana Ruiz Johnson

64 Son las tres de la tarde en el barrio La Banda de Santiago del Estero. Las calles están vacías, pero en la entrada a la fábrica de gaseosa Secco, el escritor, la organizadora del festival literario y yo esperamos -con emoción de visita escolar- que alguien nos reciba. Nuestros cascos amarillos son un único punto de color en un contexto gris. Somos playmobiles al lado de los tanques monstruosos. Y entre nosotros zumban cientos de abejas, excitadas por la cercanía del jarabe de maíz.

Nos reciben Silvia y Germán, dos ingenieros jóvenes. Pienso que nuestra visita habrá irrumpido en su día laboral como una nave extraterrestre. Imagino también, por un gesto cariñoso que les descubro al pasar, que están contentos de trabajar juntos. Visten parecido: casco, pantalones cargo azules y campera inflada. Pero las uñas de ella, una de las pocas mujeres que alcanzo a ver en la planta, revelan una manicura impresionante con degradés de violetas e incrustaciones de strass.

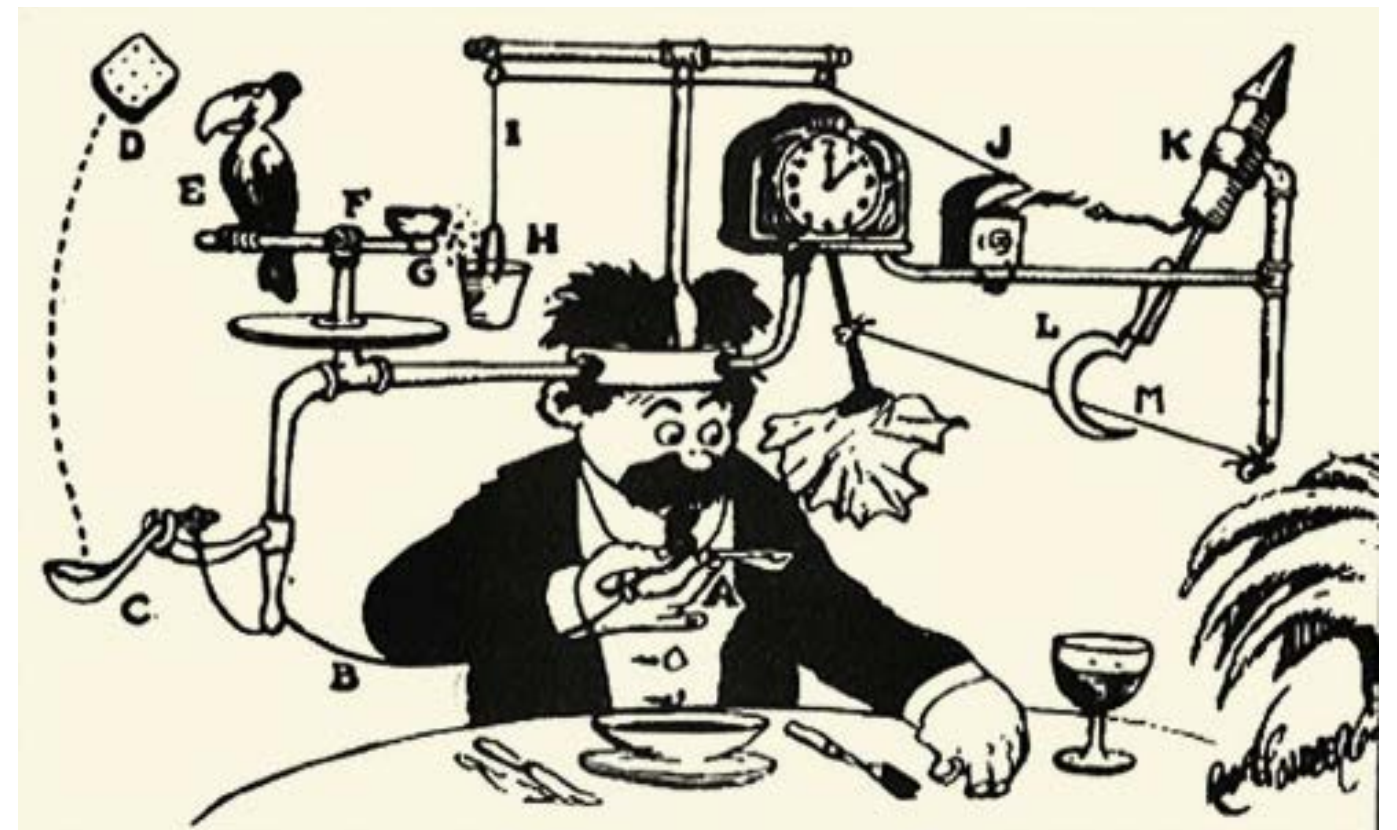
Silvia empieza el recorrido, explicándonos todo con con su entonación santiagueña dulce y parsimoniosa. Sus eses arrastradas suavizan el relato técnico. De a momentos, me disperso. Mi interés por las máquinas es poco ortodoxo. No soy apta para comprender cómo funcionan. Para mí son criaturas no humanas, vivas y autónomas. No me preocupa cómo accionan sus mecanismos, no les hago muchas preguntas. Nunca leí un manual de instrucciones. Manejo un auto sin saber cómo operan los cambios ni los pedales. Pero sí encuentro una magia, un goce, en el misterio de sus funciones.

En la fábrica hay máquinas alargadas, tubulares, giratorias, de colores, metálicas. Caminamos entre ellas con cierto respeto y observo cómo se vinculan. Lo que escupe una es tomado por la otra. Hay una máquina-pulmón que le da un respiro a las otras (las máquinas también tienen poesía). Esta reacción en cadena que sucede frente a nuestros ojos inicia con unos tubitos de plástico que pronto serán botellas: las preformas. Se calientan y se moldean, se invierten y se enjuagan, luego pasan al sector de llenado. El jarabe, el gas, y el agua llegan por sendos caminos tubulares. La botella, una vez llena y tapada, pasa por el área de etiquetado y finalmente, se empaqueta en grupos de seis.

Pienso en Rube Goldberg, un historietista de principios de siglo xx que dibujaba máquinas con circuitos demasiado complejos y retorcidos para realizar tareas simples. Por ejemplo, una máquina para limpiarse la cara con una servilleta que







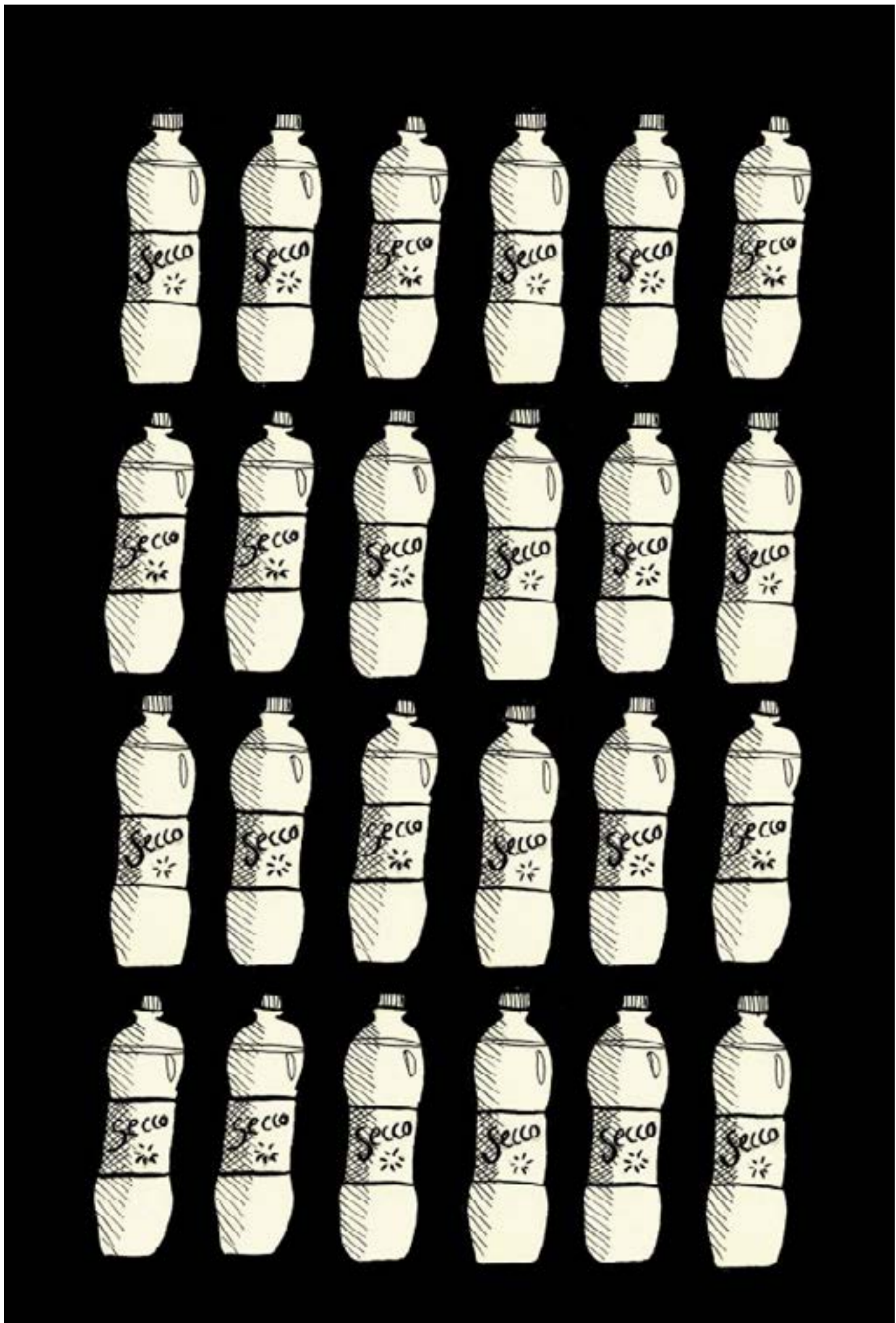
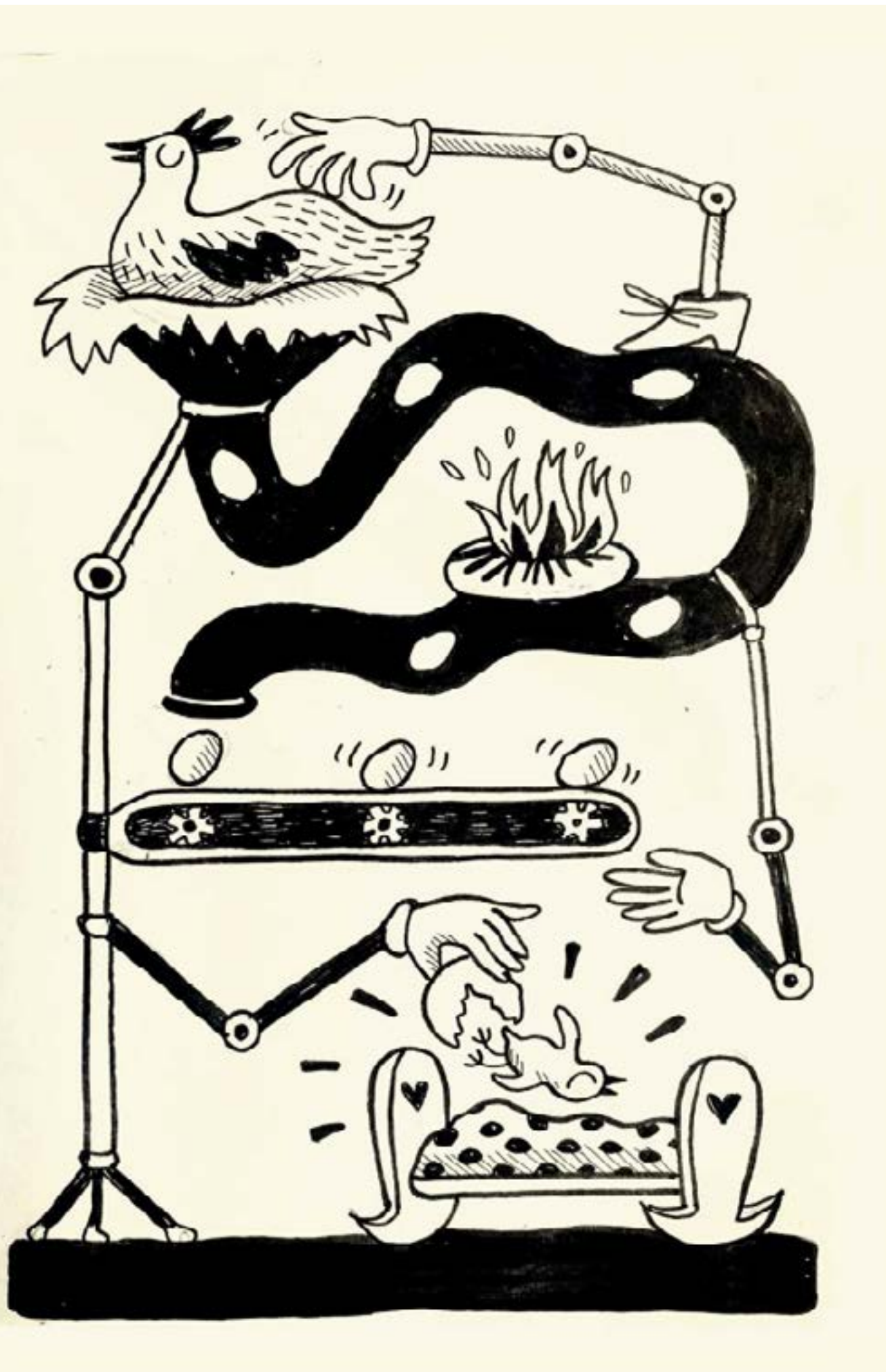
emplea un mecanismo que incluye un reloj, una hoz, un tucán y una cuchara, entre otras cosas. Me gusta la dimensión fantástica y absurda de estas máquinas. Tal vez porque Rube Goldberg era dibujante, como yo. Pero claro, también era ingeniero.

De chica creaba mis propias *Rube Goldberg*. Recuerdo especialmente una máquina para hacer pollitos. Las gallinas ponían sus huevos en nidos metálicos y luego esos huevos se deslizaban por toboganes, reposaban en incubadoras calentadas por llamas suaves, circulaban por una pasarela hasta que una pinza con forma de guante los seleccionaba y los abría con delicadeza. Finalmente, el pollito caía por un tobogán hasta una superficie acolchonada.

*Moldeado. Llenado. Cerrado. Etiquetado. Empaquetado.* Miro las botellas que tiemblan sobre la pasarela, se chocan entre ellas como soldaditos haciendo fila, hermanadas por las etiquetas azules. Me hipnotiza la extraña belleza de la repetición, la misma que obsesionó a Andy Warhol. Sus líquidos interiores destellan por las luces del galpón.

Subimos una escalera y atravesamos una nube que huele a pomelo. Silvia y Germán nos dicen que las máquinas no funcionan solas, necesitan supervisión humana. Mencionan con total naturalidad al jefe de soplado, al jefe de embotellado, y al jefe de jarabe, y yo pienso que no debe haber nombre más simpático para un puesto laboral. Es pleno invierno y estamos en temporada baja. En verano los ritmos son otros: los operarios corren, suenan los silbatos, los montacargas cruzan el galpón a toda velocidad, porque el proceso está cronometrado con el único propósito de que que toda persona acalorada y sedienta encuentre gaseosa Secco en el quiosco del barrio. Silvia y Germán se turnan para hablar, se dividen el discurso. Es hermoso ser







testigos de su propia reacción encadenada.

Pasamos a una oficina vacía para degustar las gaseosas. Una de ellas es la Tradicional de Secco, “el champagne de los santiagueños”, que solo se produce y se consume aquí. Viene en una botella color ámbar y su misterio radica en que nadie sabe muy bien a qué sabe la gaseosa. Intentamos extraer la información, Silvia se pone colorada y mira a Germán, que se ríe y se acomoda los anteojos. Paseo la gaseosa burbujeante y dorada por mi lengua: es rica, dulce, ácida. ¿Guaraná? ¿Uva? ¿Manzana? Contestan con onomatopeyas, con frases ambiguas, inexactas. Elijo no insistir. Como con las máquinas, disfruto de eso que no puedo descifrar.

Salimos de la fábrica paseando entre paletas cargadas de botellas que llegarán a los quioscos, a los almacenes, a los mercados, y con suerte a las heladeras, a las mesas, acompañadas de lomititos, asados, tamales y empanadas. Encuentro belleza en esos recorridos, también en que exista lugar para quienes hacemos libros y quienes fabrican gaseosas, y que esos mundos puedan entrar en diálogo aunque sea una tarde y en un festival de literatura. Pero hay también algo abrumador en el descubrimiento de cómo se fabrica una cosa. El planeta de pronto se revela como algo sobrecargado de objetos, que se siguen fabricando continuamente. Objetos que se desechan y que tardan demasiado en desaparecer. *Moldeado. Llenado. Cerrado. Etiquetado. Empaquetado.* Aún ahora, mientras leo esto, en un galpón muy cerca de acá, iluminado en medio de la noche oscura, cientos y cientos de botellas desfilan, una tras otra, por la cinta transportadora.



# Apuntes sobre un viaje en tren entre Santiago y la Banda

Hernán Ronsino

---

¿Qué es un tren?

Me hago esa pregunta mientras esperamos con Gabriela Álvarez la llegada del Tren del desarrollo que une Santiago con la Banda. El tren, nos dicen, viene con retraso. Pienso que en esas alteraciones de los planes, en los desvíos, en las demoras es cuando surge la mirada inesperada. Es en esa mirada inesperada donde aparece la escritura posible. Por ejemplo, estiro la mirada desde el banco en el que esperamos al tren y comienzo a sospechar que las vías del tren del desarrollo no tienen durmientes. Alguien, después, me contara que la mayoría de los durmientes del sistema ferroviario nacional fueron extraídos de esta provincia. Me quedará con la duda si es así, quiero decir, si el tren del desarrollo tiene durmientes o no. No deja de llamarme la atención esa paradoja.

Qué es un tren entonces. De esa pregunta brota una posible trama. Una trama, un tejido, una forma de anudar o contener, una manera de desplazarse y de pensar colectivamente una comunidad.

Martínez Estrada decía, hace muchos años, que el tren era unitario. Lo decía en la década del 30, la famosa década infame, cuando los trenes eran propiedad de los británicos, cuando el trazado de esa red tenía como punto central, como cabecera el puerto de Buenos Aires y la extracción de los recursos naturales estaba en función de los intereses extranjeros. No se pensó una trama federal, se pensó una trama en función de los negocios entre la elite criolla y el capital extranjero. Ese negocio, de todos modos, arraigó un servicio que comunicaba pueblos y hacía posible un modo de estar en la comunidad.

El tren, en ese sentido, fue un símbolo del progreso. Un símbolo de lo que representaba a la civilización. Pero una idea de progreso que también expulsaba y perseguía. La mujer de Strasser, esa bellísima novela de Tizon publicada en 1997, muestra bien ese avance del progreso: cuenta la vida de un ingeniero europeo que llega con su mujer al norte del país para construir un puente ferroviario. La literatura ha trabajado de muchas formas este tema. Y también ha pensado a ese símbolo de progreso como una amenaza. Pienso en la bestia humana, una notable novela de Emile Zola publicada a fines del siglo XIX. Como en la novela de Tizon, hay trenes y hay una historia de amor que anuda y complica las cosas. En una de las escenas que más me han impactado, se cuenta lo siguiente. El maquinista y el carbonero de una formación que lleva soldados a pelear a una batalla, se pelean mientras conducen ese tren. La pelea es por una mujer que ambos aman, la pelea ira escalando en sus dimensiones y los llevará a los golpes. El tren cruza los campos de Francia cargado de soldados. Una batalla los espera. Mientras los maquinistas están peleando. Uno cae del tren y el otro, el que lo empuja, no puede evitar caer también por la fuerza de la máquina. Por eso el tren ahora, sin conducción, comienza a levantar poco a

poco más velocidad. Esa velocidad envalentona a los soldados que van a la guerra y comienzan a cantar. No saben que el tren está desbocado, ellos cantan, le cantan, como lo hará unos años después el futurismo, a la guerra y a la máquina.

Esa máquina desbocada, esa técnica moderna, ese progreso que se salió de cauce es la gran advertencia que plantea Zola en esa novela.

Desde los años sesenta, con el plan Larken, se fue desmembrando, por un lado, con una violencia explícita y sistemática, por otros con una desidia desesperante el tejido ferroviario. Es en el tren donde encuentro el mejor símbolo, la mejor metáfora de cómo se paso de una trama de nación a otra.

Hoy ni siquiera podríamos decir que el tren es unitario. Porque solo hay restos o pequeñas hilachas que van y vienen como si fueran espejismos de aquel sistema que fue desmontado. Hoy tampoco podemos escribir esa amenaza que escribió Zola. Son otras las máquinas desbocadas, no es el tren. Porque ha cambiado la trama, por lo menos en América latina.

Finalmente el tren que esperábamos con Gabriela Álvarez aparece, confundido con los micros de larga distancia que entran y estacionan en la terminal, el tren del desarrollo, negro, con dos vagones. Las vías sobre el viaducto dan una panorámica de toda la zona. Por eso se ve todo: grandes obras como el Estadio conviviendo con alguna quema y perros carroñeros que van y vienen por caminos de tierra. Una naturaleza salvaje y otra pensada, racionalmente, como se pensaban los botánicos en alguna época. El puente carretero, el río, ancho y contundente. Y también niños atrapados por la ventanilla, trabajadores durmiendo después de una larga jornada. Vamos y volvemos sin bajarnos en la Banda, vamos y volvemos por un tren que traquetea sordo y pesado.

Qué es, finalmente, hoy un tren sino una utopía posible para el desarrollo, es decir, para una nueva trama de nación. Eso pienso mientras el sol empieza a caer sobre Santiago. Y eso puede ser así siempre y cuando los ramales que se construyan no se construyan en función de los intereses del capital que va a explotar el gas del sur, el litio del norte. El tren, no una reliquia del pasado, es una utopía posible en la medida que no sea unitario, en la medida que se piense como una trama integrada. Esa trama habrá que escribirla entre todos para que un tren del desarrollo en todo el país pueda ser posible.

# FILBA

FUN  
DA  
CION

FILBA.ORG.AR

**MALBA**



**MECENAZGO**  
Participación Cultural  
Buenos Aires Ciudad

**Santander**  
Fundación



**Fondo Metropolitano**  
de la Cultura, las Artes y las Ciencias



**AMBASSADE  
DE FRANCE  
EN ARGENTINE**  
*Liberté  
Égalité  
Fraternité*



**SRE**  
SECRETARÍA DE  
RELACIONES  
EXTERIORES

**MÉXICO**  
EMBAJADA EN ARGENTINA



**Penguin  
Random House**  
Grupo Editorial



Ministerio de Cultura  
**Presidencia  
de la Nación**



BANCO  
**Hipotecario**  
El Banco del Hogar

**FUNDACIÓN  
WILLIAMS**



**SANTIAGO  
CIUDAD**  
MUNICIPALIDAD DE LA CAPITAL